

GEMA PEREZ



La Mascota del **DRAGON**

PRINCESA ELFA, ESCLAVA MEDIEVAL Y AMANTE
DEL CAMBIAFORMAS



LA MASCOTA DEL DRAGÓN

*Princesa Elfa, Esclava Medieval y Amante del
Cambiaformas*



Por **Gema Perez**

© Gema Perez 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

OceanofPDF.com

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

OceanofPDF.com

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click Aquí](#) <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

GRATIS

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 1

La primera vez que escuchó las trompetas, la pequeña Alyra correteaba alrededor del manantial que caía desde la cascada en lo profundo del bosque. Su corazón se aceleró, puesto que aquel sonido estridente había sido capaz de mortificar a las ninfas con las que jugaba en el claro.

—¿Adónde van? —les preguntó la pequeña Alyra.

Las ninfas se dispersaron en el agua, convirtiéndose en espuma. No contestaron ante sus ruegos ni súplicas, y Alyra quedó completamente sola. El rugido de la cascada opacaba sus pensamientos, y parecía crecer como su incertidumbre.

Estaba acostumbrada a ser obedecida, por eso no entendía por qué aquellos seres con los que acostumbraba jugar le hicieran poco caso. Pero había visto sus caras al momento de desaparecer. Estaban lívidas, como si el color de la sangre que fluía en su interior se desvaneciese debido a una emoción indescriptible.

Alyra escuchó pasos pesados detrás de los arbustos. Se reincorporó y vio salir de ellos a una pequeña compañía, compuesta al menos por cinco soldados. Las orejas puntiagudas, y el brillo de los ojos contrastaban con la fulmínea armadura que cubría sus cuerpos, sobre pecheras y yelmos que parecían hechos con el polvo de las estrellas.

—Princesa —dijo el más fornido de ellos. Se decía que el penacho de su yelmo había sido arrancado de una poderosa águila en las montañas del fin del mundo—. Necesitamos que venga con nosotros.

—¿Por qué razón, Galdor? —inquirió la princesa, mirando al elfo de arriba abajo—. ¿Padre te ha mandado a buscarme?

—Más que eso —dijo Galdor, acercándose un poco más—. Estos bosques ya no son seguros. —Le tendió la mano—. Venga. La escoltaremos hacia el castillo.

Y en ese momento, las trompetas volvieron a arremeter desde todas partes, haciendo vibrar el césped, la roca y el agua, como si la primera advertencia

no hubiese sido suficiente. Alyra recayó en los ojos de Galdor, y concibió el mismo terror que había visto en las ninfas.

Alyra asintió, y se asió de la mano de Galdor. Era muy alto. Se decía que era el guerrero más experimentado de todo el reino de los elfos. Valiente y leal. Así lo describía su padre cuando este le contaba muchas de las pasadas campañas de guerra. Su mano derecha, y su más fiel aliado.

—¿Qué pasa, Galdor? —preguntó Alyra mientras serpenteaban los caminos rumbo al castillo.

Empezaba a hacer calor. Debajo de su vestido comenzaba a sudar a cántaros. Nunca le había pasado. Aquel bosque era tan fresco como la caricia aquel viento norteño. Los pájaros y demás bestias parecían notar que algo no andaba bien. Se escondían en sus madrigueras, raspando los troncos, agarrando a sus crías y perdiéndose hacia las profundidades del bosque.

—Esperaba que no viviera esto tan pronto, princesa —dijo Galdor, sin apartar la vista del sendero—. No tiene de qué preocuparse. —La miró antes de esbozar una sonrisa—. Nosotros nos haremos cargo.

La explanada se abrió en cornamentas hechas de mármol que se abrían en un palco gigantesco a la luz de una montaña. Las puertas del castillo, tan enormes como un coloso, se conectaban con un puente hecho de adoquines de diamante.

Pero el azoro de Galdor resonaba en sus pasos al encontrarse con la doble hoja, que se abrió para dejarlos pasar. Una tercera oleada de trompetas anunció su llegada, que en ese momento no parecía importante.

Las legiones de elfos desfilaban precipitadamente sobre todos los pasillos del palacio, cargando cimitarras y mandobles al cinto, sin mencionar las grandes ballestas y arcos. Alyra tragó grueso, puesto que nunca había visto tanto movimiento en su casa.

—¡Galdor! —exclamó una voz en lo alto de unas escaleras de plata, tapizadas con finas alfombras de color sangre, parecidas a una lengua—. ¡Galdor, has vuelto!

El Rey ya bajaba los escalones, apremiado como todos los demás. Las cabezas se inclinaban a su alrededor, como si formasen para él un sendero

de lealtad.

—Su majestad —dijo Galdor al inclinarse—. La he traído, tal cómo me pidió.

—¿Tuviste problemas, mi buen Galdor? —El Rey no desaprovechó la oportunidad de dirigirle una mirada a su hija.

—No más de los que ya tenemos, su majestad —respondió Galdor al ponerse de pie. Llevó la mano de Alyra hacia la palma de su padre—. Pido permiso para retirarme. Mis hombres esperan por mí, y en estas circunstancias no debo hacerlos esperar. —Hizo una pausa—. ¿Se unirá a nosotros?

—En cuanto ponga a mi hija a resguardo —dijo el Rey—. Anda. Infunde ánimos en nuestros soldados. Hoy la sangre correrá de una u otra manera, ya que el infierno ha decidido saludar.

Galdor dibujó una sonrisa en su rostro, como si le sorprendiera alguna ironía escondida detrás de aquellas palabras. Volvió a inclinarse en señal de respeto, y salió despedido hacia las caballerizas, repartiendo órdenes en el camino. Su capa ondeaba como una bandera.

—Ven conmigo —dijo el Rey, dándose la vuelta con Alyra consigo—. No salgas bajo ninguna circunstancia, hija.

—No entiendo qué está pasando —dijo Alyra.

—Y es una lástima que tengas que entender a tan corta edad, mi luz. —Empezaron a deambular por pasillos por los que muy pocas veces Alyra había transitado—. Es de vital importancia que no te muestres durante las próximas horas. Es de vital importancia que te escondas aquí.

Llegaron a una puerta de acero negro, tan oscura como las pesadillas a las que Alyra solía huirles.

—¿Padre...? —Alyra sintió una sacudida en su pecho; una soledad latente que comenzaba a germinarle desde su corazón. Miró a su padre, buscando una respuesta para aquel sentimiento, y los ojos azules del gobernante le parecieron tan profundos como un abismo en el fondo de los cinco océanos.

—Han venido —dijo su padre, inclinándose hasta tenerla frente a frente—. ¿No lo sientes...? —Se secó el sudor de la frente.

El calor había aumentado desde que salió del bosque, notó Alyra. Tuvo la impresión de que la piedra de las paredes podría evaporarse en cualquier momento. Pestañeó al imaginarse aquello.

—Tienes un deber con tu gente, Alyra —dijo su padre, levantándose y abriendo la puerta.

El interior de aquella habitación lucía como un almacén. Olía a vino, y la humedad opacaba un poco al calor que embargaba el palacio.

—Recuerda —dijo su padre en el umbral—. No salgas bajo ninguna circunstancia.

Y dicho esto, cerró con un portazo. El silencio impregnó la habitación, y a su vez, los pensamientos de Alyra. Junto a su corazón, se sentó en un rincón con las piernas retraídas, a la espera de cualquier cosa.

Le pareció, en la oscuridad, escuchar rugidos con aliento de fuego.

CAPÍTULO 2

Alyra paseaba por los titánicos pasillos del palacio, adornados por enredaderas blancas y pasteles. El canto de las arpas que provenía del bosque erizaba su delicada piel de luna. Los cabellos de oro ondeaban debajo de aquella diadema de plata que la distinguía como la princesa de los altos elfos de Varian. Sus ojos azules, del color de las olas del mar al sur, se fundían nada más que con su sonrisa hecha de estrellas.

Iba acompañada por dos damas, a un paso acompasado y casi parsimonioso. La luz del sol reflejaba su silueta en los adoquines de oro que iban a parar hacia el recibidor de la sala del Rey.

—¿Está todo bien, princesa? —dijo una voz a su lado, surgida de la nada.

Alyria abrió los ojos tanto como pudo y se abalanzó hacia los brazos del recién llegado.

—¡Galdor! —exclamó Alyra, sosteniéndole la cara—. ¡No me asustes así!

—¿Es porque ya no te da alegría verme? —Galdor arrugó el entrecejo, algo avergonzado de sí mismo.

La alegría no era poca. Acaba de pasar una noche magnífica a su lado, que de solo recordarla le entraban las ganas de despedir a sus doncellas y repetirla. Aún tenía la vívida imagen de Galdor encima de ella, arremetiendo con su portentosa lanza, entrando en ella una y otra vez en un mar lascivo. De solo recordarla, sus pezones se endurecieron.

Pero Alyra notó una sombra que se cruzaba desde su barbilla hasta su expresión. Era la misma sombra de pesadez que lo venía embargado desde aquel día, desde el día en que volvió con aquella cicatriz.

Galdor prefería no hablar de ella, puesto que siempre le evitaba el tema cuando Alyra le preguntaba su origen. Parecía como si unas garras decidieran vivir en su piel cristalina, moldeándola al infierno escabroso donde pensaban vivir.

—Jamás dejarás de hacerme feliz —dijo Alyra, y acto seguido, unieron sus labios en un compás amoroso que fue tan fugaz como las notas del arpa que seguía envolviéndolos desde el bosque.

La expresión de Galdor se ablandó, como si quitasen las piedras que tenía en la cabeza.

—Tú padre nos espera, princesa —dijo. Le tendió su brazo.

Comenzaron a caminar hacia la sala del trono. Unos guardias, uniformados con aquellas armaduras élficas y celestes, les abrieron la gran puerta de roble. El salón abovedado se extendió ante ellos como si fuera parte del bosque. Había arbustos y manzanos a cada punto dónde posaran la vista, e incluso las golondrinas y aves del paraíso volaban libremente en aquel sitio.

Al fondo de la habitación, tallado y cincelado con magnánimo cuidado, había un trono que parecía un sauce. De sus ramas colgaban uvas de oro, y a su sombra, se sentaba el Rey de los elfos.

—Su majestad —dijo Galdor.

—Padre —dijo a su vez Alyra.

Se inclinaron, y al levantarse El rey, hicieron lo propio. La mirada del padre de Alyra era profunda como un lago, ya que escondía tantas cosas y tantos pensamientos que se le hacían tan esquivos a su hija. El inmenso amor que sentía hacia él solo era opacado por el que sentía hacia Galdor. En ese momento, Alyra se sintió el ser feérico más afortunado de todos los reinos.

Su corazón era el arpa.

—Se acerca tu aniversario, Alyra —dijo su padre, dando pasos hacia ellos. Sus piernas flaqueaban un poco, por lo que tenía que apoyarse de un bastón hecho de abedul—. ¿Sabes lo que eso significa?

Por supuesto que Alyra sabía a qué se refería su padre. Había tenido años y años de preparación para aquel momento. Había aprendido las costumbres de su pueblo, de todo su linaje y la historia antes de que el tiempo fuese tiempo. La sangre de los grandes elfos corría por sus venas, y al pensar en aquello, su corazón comenzó a latir con mucha más intensidad.

—Sí, padre —dijo Alyra, orgullosa, mirando por el rabillo del ojo a Galdor—. El día en que alcanzaré la mayoría de edad.

Al rey le agradó aquella respuesta, pero Alyra sabía que esperaba algo más.

—Y podré optar por continuar el linaje al unirme en matrimonio con la casa guerrera de Huvenlum. —Su mirada volvió a recaer en Galdor—. Como dicta la tradición.

—Es un honor que no merezco —dijo Galdor, con la cabeza baja.

—Pero, ¿qué dices, muchacho? —dijo el Rey—. No te quites el crédito. Estaban destinados desde la primera vez que mi hija galopó por los bosques. —Hizo una pausa—. Es el turno de tu casa, Galdor. Siéntete orgulloso.

Galdor se sonrojó y volvió a inclinarse. Alyra no pudo evitar sonreír. Siempre había visto a Galdor como un guerrero imbatible en todas las artes de combate cuerpo a cuerpo y a distancia, merecedor del respeto de todos los ejércitos y de la estima de sus hombres.

Pero sabía que detrás de aquella armadura, se encontraba un elfo dispuesto a dar su vida por ella. No solo por lealtad, sino por amor. La había cuidado desde pequeña, y aunque el tiempo para ella era una insignificante chispa que germinaba en un parpadear, no le cupo duda de que en realidad tenía ante ella a su verdadero compañero.

La tradición le daba igual en ese sentido. Era afortunada, y pronto, subiría al trono junto a Galdor, para gobernar con justicia y luz a todos los elfos del bosque hasta los confines.

Sintió que su pecho se estremecía, y ante la presencia de su padre, no pudo evitar tomar la mano de Galdor.

—Cuánto me alegro por ustedes —dijo el Rey, volviendo a sentarse en su trono—. Serán lo que el reino se merece, y mucho más. De eso no me cabe la menor duda.

Las cuerdas del arpa se rompieron.

Fueron sustituidas por unas trompetas.

Las trompetas que Alyra temía desde aquel día de su niñez; desde el día en el que el bosque quedó reducido a una pila de cenizas y carne putrefacta, consumida por el fuego y el aliento a infierno.

—Han vuelto —dijo el Rey, y aquellas palabras sellaron los miedos de Alyra a un estado de inconsciencia, en donde Galdor y su padre

desaparecieron, reemplazados por su propio llanto y el latido desenfrenado de su corazón.

—Han vuelto —repitió a su vez.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3

No fueron los tambores los que hicieron que la piel de Alyra se erizara. Tampoco las trompetas ni la marcha de los soldados al comando de Galdor, que comenzaban a agruparse a lo largo de las almenas del castillo de Varian. Lo que verdaderamente descolgó los nervios de la princesa fue la voz de padre, acompañada por sus recuerdos y las incontables imágenes que circulaban en su cabeza como péndulos envueltos en telarañas.

—Han vuelto —susurró para sí, aún en la sala del trono. A su nariz, quizá llevada por la imaginación, comenzaron a filtrarse los olores del infierno, de las llamas y de las cenizas.

—Debes resguardarte en las cuevas —dijo su padre—. Es la única salida.

—¿Son ellos de verdad? —preguntó Alyra.

La mirada severa del Rey se alivió al ver la ingenuidad con la que su hija lo escrutaba, y ese gesto no pasó desapercibido por Alyra. Había escuchado las historias, una y otra vez desde pequeña, desde la cuna hasta en la cima de los robles.

—¿Por qué han vuelto? —dijo Alyra—. Fueron derrotados hace muchos años... Te vi llegar aquel día, triunfante y con su cabeza.

Era cierto. Alyra no comprendía. La paz debía cernirse sobre el reino desde aquel momento. Era su destino, y era el destino de ella gobernarlo con justicia.

—Mi hija —dijo el Rey—. Muchas veces, el mal se transforma y echa raíces en los lugares menos inesperados. —Arrugó el ceño—. Ahora han venido a vengarse.

—¡Déjame ir contigo, padre! —rogó la princesa—. ¡Déjame pelear a tu lado! ¡Lideraremos nuestras hordas junto a Galdor y triunfaremos sobre la oscuridad una vez más, tal como lo hiciste hace siglos!

Su padre sonrió nuevamente. Alyra estuvo segura de que la dejaría portar una armadura, lanzas y escudos. Ya se veía en el campo de batalla, repartiendo tajos y ensartando a sus enemigos en picas, haciendo llover sangre en los campos y gritando al son de la guerra. Protegería a su reino

como la princesa que era, ¿cómo podía esconderse? ¿Qué pensaría su pueblo?

Lo sabía. Pensarían que era una princesa débil, de baúl, de esas que se deshilachan como muñecas de trapo, que podrían desecharla a su antojo y que solo podrían usarla en un par de ocasiones.

Y no sólo lo pensaría su pueblo, sino su amado Galdor. Oh, Galdor. Elfo entre elfos, primera espada del Rey y comandante del ejército feérico más grande de toda la historia del reino. Su esposo, su futuro guardián y valeroso compañero. Alyra no podía decepcionarlo escondiéndose en un almacén como en aquellos años. No podría, y no habría mano dura que la obligase a ello.

Pero sin darse cuenta, dos guardias ya la tomaban de los brazos.

—¿Qué estáis haciendo, padre? —preguntó, anonadada.

—No puedo dejar que corras peligro, niña mía —dijo su padre. Miró a los guardias y asintió.

Alyra intentó zafarse, pero las manos de los guardias eran tan fuertes como una tenaza de hierro. Forcejó y forcejeó, y mientras lo hacía, veía cómo la figura de su padre se empequeñecía a medida que se alejaba de la sala del trono.

Estaba perdida. Incluso pensaba que aquellos guardias la veían como un nene, como un bebé inocente que no se podría defender de ninguna calamidad.

La temperatura subía debajo de su vestido. No supo si era por la adrenalina o por la inminente amenaza que cernía sobre la ciudad de los árboles.

—Les ordeno que me suelten —dijo Alyra a los guardias cuando subían por las escaleras en espiral que conducían a la torre sur.

—No podemos princesa —dijo el primero con una voz de hielo—. Nos cortarían la cabeza si algo le pasase usted.

—Usted es el futuro del reino —dijo el otro—. Debemos protegerla.

Alyra no les creyó. Aquellas palabras estaban ensayadas, como una pantomima de carnaval en las ferias a mitad de año. Todo aquel respeto se perdería como el telón de un teatro, y ella sería nada más que un bufón.

La dejaron dentro de una habitación de seis cerraduras. Por las sombras que se deslizaban por las rendijas, supo que los guardias se quedaron apostados en ese lugar por si se le ocurría alguna forma de escapar.

Vio el resto de la habitación. Una cama con dosel, perfectamente perfumada con las lociones de las lilas del jardín, y aquel olor le recordó a Galdor y a su manera de montarla, de enseñarle quién mandaba. Ahora estaría marchando rumbo a la batalla, como la esperanza de un reino que se rehusaba a despedirse bajo el calor barbárico del fuego.

Y fue entonces cuando escuchó los rugidos. Eran bramidos que hacían temblar hasta a la mismísima sombra de los objetos. Todo el castillo tembló, y la tierra debajo de sus pies no estuvo quieta ante el huracán que se colaba desde las ventanas cubiertas.

—Están aquí —dijo, abriendo tanto los ojos como pudo. Su corazón parecía querer asfixiarla de tanto latir.

Y las trompetas se mezclaron con aquellos rugidos, proferidos por bestias llenas de odio y envidia. Era tal cual los describían los cuentos; podía olerlos. El sulfuro de la roca y del acero ante las llamas que emanaban de unas fauces llenas de colmillos, en escamas lapidadas con el tridente del diablo.

El castillo parecía cobrar vida; se movía en contra de la voluntad de Alyra, y las ascuas comenzaron a colarse en la habitación, como pergaminos perdidos, hechos de ceniza, dando la bienvenida a una vida ennegrecida por aquellas llamas malditas que ahora se disponían a usurpar el poderío de su reinado.

—¡Fuera de aquí! —gritó Alyra—. ¡Fuera de mi reino!

Quizás aquellos rugidos escucharon su orden, puesto que respondieron con alaridos que Alyra jamás había escuchado, llenas de palabras venenosas y bífidas, como los bufidos de un reptil, de una serpiente condenada a la destrucción que solo vivía por el sufrimiento de otros pueblos.

Otro rugido.

Habían llegado.

El olor a carne quemada fue el primer aviso, luego los gritos y luego el silencio que sobrepasó el sufrimiento detrás de esas puertas.

Alyra cayó, presa de su propia mortandad, en la oscuridad de la inconciencia.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4

Galdor veía las enormes franjas del horizonte. Desde las almenas del castillo, podía percibir la respiración pesada y de reptil que emanaban desde aquellas siluetas escamosas. El viento parecía removerse, acercando más y más las moles que embargaban sus pesadillas desde que tenía memoria.

Con un grito, Galdor ordenó a la primera línea salir hacia la llanura, arrastrando las grandes catapultas y lanza ensalmos que proveían de vigas tan afiladas como los colmillos de las bestias a las que se proponía detener.

Sus hombres lucían consternados, casi paralizados. Algunos recordaban que sus vidas estuvieron a punto de perecer bajo el fragor de una paila hacía muchos años. Otros, nuevos reclutas en su totalidad, tenían la expectación morbosa desfilándoles por el iris.

Galdor había estado en los dos bandos. Por un lado, saber que la vida que poseía podría enterrarse en un cementerio de ceniza le paralizaba hasta los tuétanos. Verse separado de su amada, Alyra, le quitaba la soberbia y valentía que lo caracterizaban entre sus hombres, entre los elfos más valerosos del reino.

Por otro lado, el ese mismo peso caía sobre sus hombros como una responsabilidad inamovible. Si el caía, todo lo que amaba y deseaba se vería inmerso bajo los hilillos de la maldad infernal que se aproximaba. De ninguna manera se permitiría fallar, por sus futuros hijos, nietos, por el linaje de su casa, la más aguerrida de Varian.

—¡A sus puestos! —rugió Galdor, haciéndose oír por encima del repiqueteo de la marcha de escudos y lanzas—. Primer batallón, apunten hacia el horizonte.

La luz del sol deformaba las sombras aladas. Parecía que halos de fuego rodeaban el movimiento de aquellas alas de murciélago, aquellas alas que no lucían como sostén de semejante monstruo; no, eran algo más, ornamentales. Galdor no sabía que podría mantener a aquellas criaturas arriba de la tierra.

—Magia —pensó en voz alta, cruzando las filas en su caballo.

Casi podía sentir como las herraduras de su bestia se hundía en la tierra, como si fueran sus propias piernas listas para el combate. Las trompetas a sus espaldas, y los lanceros, voceaban hasta más no poder, dejando los pulmones. Las sombras lucían más grandes, impotentes, alimentadas por los rugidos, como una bandada que solo estaba destinada a ser un martirio lleno de muerte y destrucción.

De la nada, por la cabeza de Galdor desfilaron las miles de astillas chamuscadas por un aliento milenario. Las criaturas se quemarían ante tal barbarie. La visión de su hogar derribado por las llamas se le subió a la cabeza. Oía los gritos, los lamentos, las brasas abalanzándose sobre su propio ser como espectros salidos de la tumba de un demonio.

Parpadeó. Y se vio de nuevo en la llanura, rumbo al campo de batalla, liderando las hordas que no permitirían que eso ocurriese. Por todo lo que amaba, juró, no permitiría que aquellos seres, aquellas maldiciones aladas, degeneraran la tradición del pueblo mayor de los elfos.

—Vengan —volvió a susurrar, mientras la vista se fijaba en la figura alada más grande, aquella que lideraba a otras más pequeñas—. Vengan que aquí no encontrarán más que su propia extinción.

Galdor tragó grueso. Fue a la primera línea y contempló los arpones de las grandes maquinarias. Sonrió con placer. Había sido su idea, y estuvo gustoso en cuanto el Rey movió cielo y tierra para verla concretada. Aquella amenaza requería, según él, métodos no convencionales.

Y el elemento sorpresa. Los muy desgraciados no se esperarían que algo les tocara, o siquiera intentase soplarles en su propio terreno.

—Los tenemos a tiro, señor —escuchó a un cabo en una de las líneas principales—. Los tenemos a tiro y estamos preparados.

El corazón de Galdor se desbocó. Desenvainó la cimitarra, con lentitud, como si disfrutase el roce del acero contra la vaina dorada, forjada hace mucho tiempo por los fundadores de su casa. Casi, pensaba, le anunciaban que él sería el nuevo Rey de Varian y que acendrarían una legión de hijos junto a Alyra, su amor y única razón de existir.

Un rugido del averno lo sacó de su pensamiento, y las trompetas volvieron a protagonizar la nueva embestida de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó al cabo.

—¡Se acercan desde el este! —gritaba la fila de aquella dirección.

—¡Se acercan desde el oeste! —contrarrestó la otra guarnición.

Galdor abrió los ojos tanto como pudo.

—¿Cuántos? —preguntó, aguantando la rabia que empezaba a subírsele por la espina dorsal.

—Más de cien —dijo un soldado.

Galdor podía cabalgar de nuevo hacia el castillo, buscar a Alyra y huir. Aquel número era muy superior a lo que estaba habituado, a lo que decían las historias y a lo que esperaba. La última vez no habían sido tantos.

Pero no podía huir.

Galdor, por lo que representaba, por la insignia que se pinchaba en su pecho en ese momento, no podía huir.

—Disparen —dijo—. Disparen y que no quede ninguno en vuelo.

Escuchó las arponeras moverse en las pesadas ruedas, ancladas por al menos diez elfos. Y luego, a la señal de su cimitarra, aquellas grandes lanzas de acero cortaban el aire a una velocidad que ningún parpadear les hubiese hecho justicia.

Rugidos.

Rugidos de dolor en la distancia del horizonte.

Rugidos que pronto se transformaron en un tornado de llamaradas ardientes, llenas de rabia y maldiciones.

Rugidos que, sabía Galdor, enterrarían a su ciudad bajo el magma proveniente de aquellos alientos de fuegos, aleteares mortuorios y escamas de serpientes condenadas.

No había nada que hacer. Sus huesos se transformaron en cenizas antes de que se diera cuenta, antes de que sus últimos pensamientos se fijaran en Alyra, su amada, su futura esposa. La vio como la luz de una estrella en la oscuridad de un inmenso mar de negruras.

La vio como la última esperanza.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5

Alyra decidió abrir la puerta cuando los rumores y el llanto externo pararon. No sabía cuánto había esperado o cuánto tiempo había pasado desde que su consciencia volvió a ella. Lo que sí sabía era que, ciertamente, su hogar había dejado de existir.

—Estoy sola —pensó, con un nudo en la garganta—. Galdor... Padre... ¿Dónde están?

Pero nadie acudió a su llamado. Tirada, no estaba lejos de parecer una muñeca de trapo, un simple maniquí dispuesto a las cortesanas para ceñirse las frívolas cartas de la moda. Se levantó. La temperatura había bajado, pero no paraba de sudar. Se quitó el corsé y rompió la larga falda, revelando así sus finas piernas. Pensó que pronto tendría que correr, de ser necesario, y que aquella ultraja carnavalesca le frenaría el paso.

Sus ojos encontraron un pasillo desierto. Las cenizas flotaban como polillas en los alrededores. No había rastro de los guardias; ni de sus lanzas, y ni hablar de sus armaduras. Parecía que nunca hubiesen existido, que jamás la hubiesen encerrado allí. Vio por las ventanas al costado de aquella galería y contuvo el aliento ante el olor a carne quemada que se le coló por las fosas nasales.

Sus ojos se encontraron con un bosque venido a nada. Le parecía un desolado páramo atrapado en una cortina blanquecina de brasas y ascuas. Nada de lo que recordaba estaba donde debía; todo había desaparecido en menos de unas horas, y ella no había sido capaz de hacer nada por su gente.

Ahora era reina, sí, pero reina de un castillo lleno de fantasmas de ceniza, de ideas pasadas y de legados malditos. Como consuelo, dejó que sus lágrimas se vaciaran mientras seguía observando la decadencia de sus tierras.

Y estuvo allí, parada, aferrándose a la barandilla de la ventana, con los dedos pálidos de tanto apretar metal y con los ojos inyectados en sangre. Sus cabellos parecían gotas marchitas, cayendo a su espalda.

—Es hora de irme —dijo, en un susurro que solo podría haber escuchado el viento.

Continuó avanzando con el corazón en la mano y el pecho inflándose como el fuelle de un órgano tubular. En cada recodo tenía la esperanza de encontrarse con un rostro conocido, con la voz de su padre o la voz de su amado Galdor.

Solo encontraba más y más restos de ceniza, de carbón y piedra ennegrecida contra la sangre. Los grandes bastiones estaban caídos, derribados a las ruinas, y los tapices rasgados por lo que parecían ser garras gigantescas y escamosas.

Y fue allí donde tuvo el primer de los más severos escalofríos que sentiría en toda su vida.

El rugido provino de los jardines principales, aquel donde solía pasear junto a las criaturas del bosque.

—Todavía están aquí —dijo, mordiéndose los labios.

El siseo de una serpiente comenzó a seguirla. Ahora sentía que unos ojos amarillentos le marcaban la ruta, como si le construyera el sendero de su destino. Se obligó a desechar aquella idea, a pesar de que cada vez que perdía el rumbo, la imagen de un iris amarillento y rasgado la invadía, colocándola de nuevo en movimiento.

No comprendía qué le estaba pasando. Su cuerpo volaba, como si hubiese adquirido el peso de una pluma, como si el maleficio intentase arrancar todo el peso de su alma.

—La sala del trono —dijo al penetrar aquellas rutilantes puertas de doble hoja.

Sin darse cuenta, sus pies la habían llevado hacia el último lugar en donde había visto a sus amores. Oteo la vista de lado a lado, como un cervatillo asustado. La sala estaba intacta. Nada estaba fuera de su sitio. Incluso el trono permanecía impasible al término de la alfombra roja, debajo de las ramas sagradas y sostenido por las raíces de los antiguos.

Ella avanzó hacia él, sintiendo la grama en la plata de sus pies. Se sentían como mil cuchillos al andar.

—No me puedo detener —dijo.

No podía retroceder. La fuerza la llevaba, jalándola como un títere. Cada vez caminaba más y más rápido, hasta que empezó a correr, rompiendo la

barrera del viento de azufre que se incrementaba cada vez más y más.

El ojo afilado volvía aparecer ante ella, tan claro como si este se estuviese reflejando. Lo vio parpadear una vez, y aquella retina de reptil solo podía significar que todo lo que le había ocurrido a su hogar era cierto.

Se detuvo ante el trono y lo vio con claridad.

Todo se desvaneció. De la habitación del trono solo quedó una la silla llena de ornamentos. En un parpadear, todo se había desvanecido como la misma ceniza.

Pero Alyra no estaba allí. Frente a ella, la figura mastodóntica del dragón se erguía con la peligrosidad de un basilisco. Aquella lengua bífida, las alas plegables, las garras como dientes y los dientes como garras, el hocico alargado que emanaba volutas de humo en cada respiración.

Y sus ojos. Los mismos ojos que la habían conducido allí. Se dio cuenta que había caído presa del hechizo del dragón, del que se decía que podría conducirte a la misma muerte. Había perdido el control de sí misma y ahora estaba ante el enemigo, ante los asesinos de su gente, de su padre y de...

—Galdor —dijo.

Le pareció que el dragón emitía un bufido, seguido de una risa casi tan sanguinaria como las alas de murciélago que agitó como si compensara sus malos modales.

El influjo del dragón se fue apoderándose de ella como si las mismas garras escamosas se cerrasen sobre su cuello. Intentó resistirse, correr hacia ninguna parte, hacia la misma muerte si así se libraba de dicha criatura. Sus piernas se erizaron, como si unas manos la llamasen a entregarse a cada dedo, a cada lamida. En su interior, las cosquillas de un deseo infame la obligaron a recular.

Pero no ocurrió. La oscuridad del ojo afilado la envolvió como la noche unánime que ahora asolaba a sus tierras.

Los grandes elfos del bosque habían desaparecido; lo sabía. Perekieron bajo el fuego de su más nefasto enemigo.

Esa noche, pensó antes de caer en la inconsciencia, los dragones celebrarían la victoria hasta que las estrellas dejaran de brillar en el universo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

Los grilletes rebullían en sus delicadas muñecas al momento de despertar en aquella oscuridad. Parecían morderle con la furia de una bestia del abismo. Alyra abrió los ojos lentamente, a pesar de que por su nariz entraba la podredumbre del olvido y de la carne descompuesta. Escuchaba el agua fluir, y se imaginó que aquel manantial contenía una familia de larvas flotando en ella.

Alyra intentó moverse sin resultado. Las cadenas rodeaban sus tobillos como una pesada bola de plomo. Su cabeza daba vueltas como las aspas de un molino, y en su memoria retumbaban los últimos recuerdos, aquellos que tuvo antes de caer presa de la oscuridad y del fuego.

Sufrió un repeluzno por todo su cuerpo, como si la latiguearan y el cuero le abriese la piel en boquetes sanguinolentos capaces de gritar todas las penas del mundo. El escozor de sus ojos ardía como una caldera, pero no salía lágrima alguna. Pensó en que quizá la estarían observando desde algún lado, y mostrar debilidad sería una deshonra para los de su clan.

Finalmente había pasado. El clan de los dragones había atacado el bosque. Las leyendas más antiguas, cantadas por su padre, lo predijeron. Ella, en carne propia, hacía muchísimos años, cuando el viento era más joven, había sido testigo de un intento de asedio. Por fortuna, por aquellos días, el bosque era fuerte y los dragones sucumbieron ante la magia de los grandes elfos.

¿Qué había fallado ahora? ¿Las defensas mágicas cayeron frente al fuego infernal de aquellos monstruos? ¿Ellos, los grandes elfos, se habían debilitado por el paso de las eras como un sauce a punto de marchitarse?

—De ninguna manera —susurró Alyra. Comprobó que su garganta estaba hecha de arena. Su lengua a duras penas podía moverse y estaba tan tiesa como una rama.

El cansancio volvió a atacarla. Su cuerpo sintió un hormigueo desde la punta de sus pies descalzos y poco a poco sucumbió ante las sombras de la noche. No sin antes ver, a la distancia, unos ojos amarillentos y rasgados en penumbra.

El ojo amarillento de un dragón. La misma sensación de ser recorrida por unas manos deseosas de su piel volvió al ataque. Se resistió una vez más antes de caer en la inconciencia.

* * * *

Despertó, esta vez mucho más sedienta. La oscurana del calabozo no le permitía saber si era de día o si la luna ya estaba en menguante. No sabía absolutamente nada del tiempo que había estado capturada.

Podrían pasar años, siglos; el tiempo de un elfo se medía en latidos informes de corazón, en pestaños, en aleteos de mariposas. Alyra divagaba con el fin de no volver a sumirse a los brazos de su cansancio. Entornó los ojos con la esperanza de ver algo hacia la distancia, algún atisbo de luz que le indicase su paradero, o alguna señal de su destino próximo.

Vivir o morir. Para un elfo hecho prisionero de los dragones, el destino era claro: la hoguera. Ardería y sus cenizas se reunirían con los suyos, con su padre, con...

—Galdor... —dejó escapar en un susurro lleno de lamento.

Había sido lo último que dijo antes de ser capturada. La imagen de su rostro, de su futuro esposo le invadió el pecho con una presión invasiva, de esas que carcomen como un nido de termitas, como ascuas malditas.

No había esperanza. En aquella oscuridad había desdicha, zozobra y maldad. No se parecía en nada a su antigua habitación en el bosque. Pensó que los fantasmas de su mente vendrían a atormentarla, que cada sombra se transformaría en un habitante verde y atacaría con un tridente sus designios hasta que decidiese quitarse la vida a causa de la locura.

Y la locura no parecía un destino desatinado. La demencia era preferible antes de seguir allí, víctima de los improperios de los dragones, aquellos usurpadores, demonios salidos del mismísimo fuego negro de las montañas de la creación.

El sonido del agua cambió el rumbo de sus pensamientos como una veleta a merced de un viento fuera de control. La sed volvió a atacar con más ahínco, y despegó los labios con la intención de pedir alimento.

Pero no lo hizo. Se rehusó a suplicar. Si querían matarla de hambre, que la matasen. Al fin y al cabo habían acabado con todo lo que quedaba de su vida, con todo lo que alguna vez amó. Ya no vería de nuevo a su padre, a sus súbditos y a Galdor. Todos se habían convertido en ceniza, en pálida ceniza de páramo. Serían olvidados por las eras y pisoteadas por aquellas agarras afiladas que surgían de las patas de aquellos seres malditos.

—Lo pagarán —dijo—. Decreto ante los dioses, ante cualquiera que logre escucharme, que los dragones pagarán lo que me han hecho. Pagarán por cada elfo muerto bajo su aliento. No quedará piedra sobre templo antes de que cada uno de sus huesos se pudra por el paso del tiempo. —Hizo una pausa, más segura que nunca de lo que decía—. Yo, Alyra, Reina de los elfos del bosque de Varian, los maldigo con cada hebra de mí. Que no quede duda de mi palabra y de mis votos.

Escupió al suelo, como si quisiera cerrar el trato con las mismísimas tinieblas.

Y las tinieblas rieron como contestación.

—Que así sea —dijo una voz en la oscuridad—. Que tus palabras se hagan realidad, y me encantaría ser testigo de cómo lograrás dicha hazaña, mi querida princesa Alyra.

CAPÍTULO 7

—¿Qué sucede? —dijo la voz de las sombras que parecía quebrar todas las paredes—. De repente te has quedado callada. ¿Acaso perdiste el don del habla? ¿Tan rápido? No me desilusiones, mi querida princesa Alyra. ¡Qué desilusión sería para los elfos! Se dice que tu gremio es tan duro de roer como los árboles de tu bosque. —Dejó escapar una risa que pronto se transformó en un vaho de niebla—. ¿Me he equivocado de princesa? ¿No eres tú la legítima heredera del reino de Varian?

La celda pareció estremecerse, como si se columpiase en ella misma. De las paredes emergieron ratas y gusanos de colores que Alyra no podía precisar. Su garganta volvió a secarse como un desierto. Aunque no veía nada más que oscuridad, sabía que algo le respiraba cerca de la nuca, como si aquella respiración saborease uno a uno sus poros.

Se introducían en ella, como si buscasen hacerla gemir, y tuvo que reprimir que su voz diera indicios de placer antes de darse cuenta de que en realidad sentía pánico de que aquellas lenguas fuera más allá. Se tumbó en posición fetal a la espera de que aquella pesadilla terminase.

—Sí —dijo, meciéndose—. Eso es. Una pesadilla. Una horrible pesadilla.

—¿Pesadilla? —preguntó la voz hecha mofa de viento—. ¡Para mí esto es un sueño hecho realidad! ¡La gran princesa de los elfos! ¡Alyra, Arco de Sauce! Se dice que su puntería podría tumbar a un dragón en pleno vuelo. —La risa se incrementó—. Y eso es digno de alabar. Nunca he visto caer a un dragón frente a un mondadientes. —Hizo una pausa—. De hecho, jamás he visto caer a un dragón.

Aquello fue más que suficiente para sacar a Alyra de su letargo. La voz se burlaba de ella, de su pueblo y de cualquier cosa que le pasase por la cabeza. Era una voz basilisca, que arrastraba las palabras en siseos casi incomprensibles, ayudada por la oscuridad de la celda y por la piedra putrefacta de las paredes.

Alyra abrió los ojos con la esperanza de encontrar algún resquicio de luz, pero solo encontró más niebla y negrura. Aun así le habló a la nada.

—No solo podría derribar a uno, voz en la oscuridad —declaró—. Podría derribar cualquier número que se me atravesara. ¡No sabes de lo que soy

capaz!

—De esto estaba hablando —dijo la voz—. La reputación debe tener algo en donde germinar más allá de la lengua de la gente, pero no puedo creer en tu palabra solo porque tengas un rostro de cristal. —Vaho—. Necesito una prueba. Algo que me restriegue en la cara que lo que dices es la pura verdad. Hasta los juramentos necesitan respaldos, y yo soy un ser que cree en los juramentos.

Se escucharon unos pasos informes. Fue como si quebraran cada adoquín con una pesada suela. Iban de allá para aquí, de maneras medidas, meditabundos, y encerrados en sí mismos. Finalmente se detuvieron, como si hubiesen chocado contra una idea, o contra la risa que pronto comenzó a embargar cada rincón de la celda.

Alyra volvió a sentir aquella respiración caer sobre ella. El aliento de reptil y caliente se le adhería a la piel como una enfermedad, como si una plaga quisiera penetrarla hasta en el alma. En aquel momento, la princesa de los elfos era un manojo de escalofríos.

—Te propondré algo —dijo la voz.

—Aléjate —respondió Alyra casi al instante, sin pensarlo.

—Primero escucha y después tienes mi permiso para maldecir. —La celda retumbó.

Alyra no tuvo más remedio que aceptar. Sentía que las paredes adquirían vida, con sed de estrangularla entre sus piedras.

—¿Qué quieres? —dijo—. ¡Habla ya, voz de la oscuridad! ¡Que tus palabras no envenenen mis pensamientos como las intenciones de una vieja serpiente!

—Créeme que mis intenciones son mejores que las de una vil serpiente rastrera —dijo la voz. Había un hilo de desaprobación entre las palabras.

—¡Te ocultas como una! —espetó Alyra.

El rugido que surgió de las profundidades fue tan grande que Alyra pensó que la celda se derrumbaría en cualquier momento. Fue un temblor de infierno, tan caliente como una caldera, como las ánimas que ahora deambulaban en lo que había sido su hogar. Era un aliento de carbón, rojo como un sol, capaz de derretir la voluntad de quien lo escuchase.

Era un rugido de dragón. Alyra estaba escuchando de cerca el rugido de la muerte.

—Si así lo deseas —empezó la voz, una vez que la celda dejó de zarandearse—, puedo mostrarme ante ti. Como dije, tengo palabra, y soy servidor de lo que digo y de mis acciones.

—Muéstrate —dijo Alyra—. Deja que la oscuridad se aparte de mi captor, y solo así escucharé tu propuesta.

—Perfecto.

Como si se tratase de una cortina, la oscuridad fue apartándose lentamente, como una puerta de doble hoja. Alyra vio por primera vez el sitio que la mantenía cautiva. Se trataba de una mazmorra del color de la desolación, tan apartada de la realidad que parecía marchita, como el hueso a punto de desvanecerse por el paso del tiempo, antes de convertirse en ceniza.

Había esqueletos y pequeños cadáveres entre la piedra, atascados eternamente entre un plano y otro. El fluir del agua provenía de una gotera en el techo, que parecía caer como un último atisbo de cielo, como un fragmento de divinidad olvidada por la misma existencia.

Pero más allá de quedarse muda ante lo que se mostraba ante ella, Alyra perdió el habla por una razón más terrenal, frente a un elemento que parecía no pertenecer a la desdicha que la rodeaba.

—Eres... —dejó escapar en su inconciencia.

Un hombre alto, de cabellera trenzada hasta los tobillos estaba sentado en una lustrosa silla a pocas varas de ella. Tenía una tez tan pálida como ella, y unas facciones que se comparaban con las nubes de una primavera.

Sus pómulos encerraban unas cuencas, hogar de unos ojos de fuego, que incendiaban a donde se posasen. Una media luna como sonrisa danzaba como si tuviera voz propia. En su mano derecha tenía una copa llena hasta el tope de un vino que, entre la percepción cansada de Alyra parecía sangre.

—Me presento, princesa Alyra —dijo el hombre—. Soy Uther. Amo y señor de los Dragones. Encantado de tenerla como mi invitada.

CAPÍTULO 8

Bastó con mirarla fijamente en unos cuantos latidos de corazón para que Alyra cayera en un profundo sueño. Al verla caer tan delicada como una corola de primavera, Uther se remojó los labios con la habitual socarronería que le impregnaba aquel calabozo.

Miró a su alrededor antes de levantarse, y dios dos grandes zancadas hasta la princesa. Verla allí, tan quieta y callada, como si acabase de morir, le provino de que sería muy fácil mantenerla bajo su control.

—Ni siquiera en el reino de los sueños podrás escapar de mí —dijo Uther, esbozando una colmilluda sonrisa.

Se agachó junto a la princesa de los elfos. A pesar de llevar semanas en aquella lóbrega prisión, su olor a frutas silvestres y a árboles parecía negarse a desaparecer, como si tuvieran propia voluntad, como si fueran parte de la esencia de aquel ser tan delicado. Sus finos rasgos le servirían para divertirse al menos un rato; incluso llegó a pensar que tardaría en aburrirse si se apegaba al plan.

—Tiene que funcionar —dijo Uther—. No hay otra manera.

Y es que no la había si se trataba de estar destinado al eterno fuego del infierno, desplegado en una etérea capa de lava y escamas.

—Veamos qué tienes para mí —susurró Uther.

Acercó sus labios al de la princesa Alyra, aquellas finas media lunas que ahorra descansaban inertes en otro plano. Tocó su mejilla, y recorrió con el índice hasta la comisura. La princesa Alyra entreabrió la comisura, y Uther se acercó aún más; parecía que la besaría, y sin embargo, depositó su aliento hacia ella, hacia sus pulmones.

El flujo de la magia cobró vida alrededor de ellos dos. La oscuridad parecía aletear como las alas de un murciélago hambriento. Uther cerró los ojos, no sin antes sonreír una vez más, aquella sonrisa que meditaba sobre la imposibilidad de escapar de aquella cárcel hecha de fuego.

* * * *

—¿Se va tan pronto? —dijo Uther. Estaba rodeado por cortinas negras, parecidas a nebulosas candentes.

Alyra no lo podía creer. Estaba libre de las cadenas, de los grilletes que habían generado costras en su piel. Pero todavía no podía moverse a pesar de que el espacio estaba a su disposición. Estaba desnuda, expuesta ante la vista del frío. La nada se expandía hacia todos los horizontes y meridianos, como un mar interminable del que no había escapatoria alguna.

Intentó recobrar la compostura y encarar a Uther, el verdadero culpable de toda la desgracia que caía sobre su pueblo y ella. Había leído ese nombre antes, en algún pergamino perdido de la biblioteca del Árbol Mayor, donde el viejo Haruthian solía recitarle historias perdidas desde que era una niña.

—Pero es un hombre...

La imagen del amable bibliotecario escoció sus ojos. No podía permitir que aquel ser infernal volviera a oler su miedo. Ahora estaba libre, y le daría batalla.

Pero algo en la sonrisa de Uther seguía penetrando sus nervios con la eficiencia de una línea de lanceros. No era como nadie que hubiese visto, ni siquiera los faunos del bosque, o los kihirines, o tan si quiera los silvios de las montañas se le asemejaban.

Era un porte muy imperial, diezmado por el paso de las eras, pero tan fuerte como un muro; un muro que había resistido el ataque y el asedio de cualquier catapulta o artefacto mágico. A diferencia de ella, tenía el don de la experiencia en sus ojos de plata, y encerraban la frialdad del metal forjado en una montaña muy caliente.

—¿En dónde estoy? —dijo Alyra—. ¿Adónde me has traído?

—Estamos dentro de tu cabeza —contestó Uther, como si nada. Le dio la impresión de que en algún momento sacaría a relucir una lengua bífida, hecha con las papilas de una serpiente maldita—. Te desmayaste y no me dejaste más opción que seguirte.

Alyra abrió los ojos como un par de nueces. Aquello era magia avanzada, de aquella de la que jamás hablaría a plena luz del día. Hasta ahora, el príncipe de los Dragones seguía teniendo la ventaja sobre ella.

—¿Mi cuerpo sigue en la celda? —preguntó Alyra. Pareció recordar que estaba desnuda. Se miró a sí misma, y sus delicados vellos se erizaron. Aquellos ojos de plata no dejaban de percibirla como un pedazo de carne. Estaba a su merced, quizás era mejor entregarse...

—Querrás decir nuestros cuerpos. —Uther enfatizó aquellas palabras—. Te dije que tenía un asuntillo pendiente, y mi buena educación no me permite dejar las cosas a medias. —Hizo una pausa—. ¿Será bien visto por usted dejarla en ascuas? Ya me he mostrado. Cumpla con su palabra.

Alyra se mordió la lengua.

—Le dije que escucharía —dijo—. Hable de una vez.

—La verdad sigo teniendo dudas de su utilidad —dijo Uther—. No hay motivos para mantenerla con vida si no me demuestra que su valía es la que todos dicen. Una princesa de elfos no es más que una baratija desechable, a mi parecer.

Se acercó, ingrátido ante el espacio.

—¿Quiere salir de este calabozo? No me conteste con esos ojos. Veo que usted desea clavarme una flecha al menor descuido. —Uther reprimió una risa y ahora la rodeaba como una humareda. Alyra percibió su tacto frío por sus senos—. Le daré la oportunidad.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alyra. Aún en sueños, aquel dragón le secaba hasta el alma.

—Le daré tres flechas y mi mejor arco. —Uther volvió a aparecer ante ella—. Si consigue atinarme, la sacaré de esta pocilga. No solo obtendrá aquel beneficio, sino que me probará que lo que se dice de usted es cierto y me sentiré profundamente complacido. Así sabré que no he perdido mi tiempo incendiado aquel bosque de las mil maldiciones.

—¡Ese bosque de las mil maldiciones es mi hogar! —rugió Alyra.

Peo Uther no pareció inmutarse. Movié la mano con desdén, como si viera a un cachorro gimiendo por comida. Le dio la impresión de que la acariciaría con toda la lástima del mundo.

—Fue su hogar —dijo, después de una pausa tan larga como el tiempo de vida de los elfos.

—Le clavaré las tres flechas —dijo Alyra—. Téngalo por seguro.

Uther gestó una mueca en su pálido semblante, y la sonrisa de cocodrilo parecía extenderse hasta la corinilla. Se dio la vuelta, y poco a poco, el mundo de los sueños se fue deshilachando como lo haría una prenda.

Alyra se vio sumida en la profunda oscuridad de su descanso, de su propia cabeza, en libertad, al menos en apariencia, de las garras de aquel dragón.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

Los ojos de Alyra vislumbraron, en primera instancia, los gases fétidos que salían de aquel pantano. Eran tan uniformes que pensó que podía tocarlos, pero hacerlo sería perder las manos, y ahora que las tenía libre hasta cierto punto, prefirió quedarse quieta y morderse la lengua.

El carcaj con las tres flechas prometidas le pesaba en su espalda, pero no tanto como el arco que ahora cargaba en su mano. Ensartarlo había sido una odisea.

—Una tortura de Uther —pensó.

El hilo dorado, hecho con los retazos del brillo de la luna, le había cortado las palmas al menor intento por armar el arco. Las horas a su alrededor salteaban mientras Uther la miraba, indefensa, en su esfuerzo por ensartarlo. Aquellos ojos parecían apuntarla como una fila de lanceros, inmutables y mezquinos, ajenos al dolor del mundo.

Por su suerte, porque no había otra cosa a lo que Alyra le atribuyese aquello, logró armar el arco y comprobar que la cuerda estaba tan tensa como sus propios nervios. Era un arco ligero, hecho con una madera que desconocía.

Los retazos de hueso descasaban en los bordecillos con pequeños dibujos alusivos al fuego. Le parecieron repugnante, y en las aristas de las llamas, Alyra creyó escuchar el grito de su gente siendo consumida por el calor del infierno desatado en el bosque.

Ahora caminaba por una senda hecha de arbustos desprovistos de vida, como las alas de un cuervo que se revolvían al contacto del viento mortuorio. Era un pantano funesto, oscuro, casi tan lóbrego como los pensamientos que ahora manaban desde su cabeza. No había comido nada más que unas nueces secas y un vino del que prefería no comparar de sabor.

El pantano pareció abrirse en un claro. Las aguas oscuras seguían su curso hacia la penumbra de los setos. Allí, Alyra tuvo la impresión de que todos los habitantes de tan horrendo lugar clavaban sus ojos en ella, a la espera de que fallase en su misión. Se sentía como un arlequín de corte, a punto de hacer el ridículo por el mero hecho de salvaguardar su propia vida.

—No debo dejar intimidarme por la oscuridad —susurró para sí, para darse ánimos.

No lo haría. Miró a Uther, campante a su lado como un manto glorioso al que ninguna mancha se osaría acercársele. Se veía como una torre, como una muralla que se extendía por todas las montañas hasta el horizonte. Era una fortaleza sin fisuras más que la sonrisa que no parecía abandonarle jamás los pómulos.

—Aquí es un buen sitio, mi querida princesa —dijo Uther. Dio dos pasos al frente, como si examinase la tierra putrefacta. Asintió, dado de sí mismo y miró de nuevo a la elfa—. Hay suficiente espacio para nuestro pequeño reto, y hay suficiente muerte a mí alrededor como para derramar mi sangre en dado caso de que me atines.

Alyra tuvo la impresión de que reprimía una risa ante lo último. Aquel ser no pensaba morir. Pensaba humillarla como una lombriz de tierra, no, como un simple objeto. Alyra entendió en aquel momento que en los próximos latidos de corazón su vida pendería de un hilo.

Si no era capaz de demostrarle al señor de los dragones que era la verdadera princesa de los elfos, la desearía al vertedero más cercano. Pensó que la abandonaría a merced de alguna criatura en aquel pantano. En realidad, era el sitio perfecto para terminar el reinado de los elfos.

Se abstuvo de mostrarle algún resquicio de miedo. Apretó los dientes, tanto como sus músculos y asintió. Tomó la primera flecha de su carcaj al momento de dejar escapar un suspiro. Un suspiro que parecía contener su propia vida, su propia esperanza.

Y aquella esperanza le pesaba tanto como todas las calamidades que habían caído sobre ella desde que se despertó presa del señor de los dragones, en aquel calabozo tapizado de injurias y desdichas.

Tensó la flecha y apuntó a Uther, quien seguía parado a escasas varas como una estatua, como un árbol marchito. Lo que lo distinguía de todo era su sonrisa, sus ojos y la liviana apariencia que nunca dejaba de seguirlo.

—Tres tiros —dijo Uther—. Tres tiros es lo que te daré. —Hizo una reverencia exagerada y su frente parecía palmear el suelo—. Cuando guste, mi princesa Alyra.

Alyra disparó con la predicción de que su objetivo se movería algunas cuartas con el afán de esquivar la flecha. Nadie podría huir con la velocidad que tenía el tiro. Era certero. Bastaría con que le rozase el tobillo, la coronilla, el brazo o las uñas.

O podría matarlo con un flechazo al pecho. Así lo inmovilizaría y el humillado sería él. Su sangre teñiría las aguas del pantano y habría encontrado el reposo perfecto, la tumba que se merecía por tanto sufrimiento, por tanta desolación impuesta al mundo.

—Ya verás cómo te atravieso el corazón, maldita lagartija —murmuró.

Lo que vio fue como si el mundo entrase en un letargo y sus dimensiones se resquebrajaran a su alrededor. Uther guiñó un ojo y, con la paciencia de una tortuga, se hizo a un lado en el preciso instante en que la flecha volaba a su lado. Alyra podría jurar que le dio tiempo de verla y de dirigirle la mirada al proyectil. La sonrisa que tenía en su cara resplandeció como el crepúsculo antes de que todo volviese a la normalidad.

La flecha se perdió entre los arbusto, y Uther, tan alto y sereno como lo había estado hacía un parpadear, tronó su cuello como si aquello no le hubiese supuesto mayor esfuerzo.

—Ha estado muy lejos, princesa Alyra —siseó, y un relámpago desfiló por sus pupilas—. ¿Tiene algo más bajo la manga o damos por sentado que no pasará esta prueba? Le recuerdo que le quedan dos tiros y usted ha jurado matarme. No estaría mintiendo, ¿verdad? Detesto los mentirosos. Son peores que los elfos, y eso es decir demasiado.

Carcajeó tan fuerte que las aguas del pantano se agitaron. Alyra no resistió el impulso y volvió a disparar, esta vez con el viento a su favor. Cualquier cosa que hiciera aquel bastardo ya no le sería de ayuda. Aquella flecha daría en el blanco. Estaba segura de ello.

Pero nuevamente las dimensiones se ralentizaron, como si entrara en una masa viscosa. Incluso respirar le sustraía a Alyra siglos de su existencia. Uther vio la flecha una vez más y se apartó con un paso tan solemne como una marcha marcial en pleno solsticio de verano.

—Tendrá que hacerlo mejor —dijo Uther, arrastrando las palabras. El silbido de la flecha condecoró la inminente derrota de la princesa de los elfos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 10

Ni siquiera los ciervos más rápidos del bosque de Varian habrían escapado con tanta facilidad a aquella distancia de tiro. Uther usaba magia para evitarla; lo sabía. Podía olerla como si emanase de las aguas pestilentes del pantano.

—Solo te queda una oportunidad —dijo Uther—. Tic, tac, dice el reloj. ¿Tienes alguna otra idea además de lanzar flechas una y otra vez?

Se había dejado llevar por su rabia, y ahora su falta de raciocinio se las estaba cobrando con creces. Tocó la última flecha en su carcaj e inmediatamente las náuseas la invadieron como una plaga. Solo los dioses sabían lo que Uther podría hacerle una vez que fallase la prueba. Miró a su alrededor, y la oscuridad del pantano parecía crecer como si tuviera vida propia y reptase hacia ella con pasos homúnculos.

—Estoy esperando, princesa Alyra —dijo Uther, dejando escapar un largo bostezo. Se removió su cabellera, y pareció devenirse en ascuas.

—¿Y a dónde escaparás cuando te atine? —dijo Alyra, intentando reponerse a ella misma—. Nadie tiene tanta suerte luego de dos disparos. Ni siquiera el señor de los dragones con su magia asquerosa.

Una centella desfiló por los ojos de Uther, y aquello le dio a Alyra una idea que podría sacarla del atolladero si movía con cuidado sus cartas. Tan sólo debía...

—Te mueves como una lagartija —dijo—. ¿Acaso buscas alguna roca en dónde ocultarte? ¿Sientes que un cuervo vendrá por ti y alimentará a sus crías con tu carne hasta dejarte en los huesos? —Hizo una pausa. Notó cierta rigidez en Uther. Aquello estaba funcionando—. ¿Qué pasa, señor de los dragones? ¿Se te trabó esa lengua bífida en la garganta? ¿Se te han olvidado las palabras comunes?

Alyra, con mucha lentitud, casi imperceptible como el pestañeo de una araña, llevaba su mano hacia el carcaj de flechas. Podía observar los vellos de Uther erizarse, mientras que su semblante amainaba cualquier mueca burlona que hubiese tenido en el pasado. Tengo que seguir, pensó Alyra.

—Aún no me explico como un simplón saco de huesos llegó a gobernar a los dragones —continuó Alyra—. Un flacucho desaliñado. Mi primera impresión fue que estabas preso junto a mí, o que eras mi carcelero. De hecho, pensaba que el olor a cañería provenía de tu boca, y no me sorprendería, ya que me entran unas ganas terribles de vomitar la bilis cuando hablas. ¿Sabes cuál es mi mejor descanso? Cuando te callas, señor de los dragones.

Alyra cerró su mano alrededor de la última flecha y se dispuso a tensar para disparar. Antes de que aquella intención se le viniera a la cabeza, Uther había desaparecido sin dejar rastro, como un ulular del viento infame del pantano.

Alyra sintió una ráfaga sobrevenirle el cuerpo, y seguidamente, su vestido, o lo que quedaba de él comenzó a rasgarse como si fuera atacada por un enjambre de abejas. La sangre comenzó a manar a cuenta gotas de cada una de sus heridas. La prenda caía, con lentitud, descubriendo su blanca piel jamás trastocadas por algún mal o bien en el mundo.

Y aquella ráfaga invisible comenzó a carcajear, y con ella, todos los árboles del pantano. Incluso las aguas, los setos, las garras de cuervos, acompañaban a la risa cadavérica del hálito que ahora parecía abrazarla con unos brazos escamosos.

Su vestido cayó, dejándola desnuda. Se cubrió sus senos, y la ventisca lamió su entrepierna con la gelidez de un témpano, profanando aquella mata de vello blanquecina. Alyra se dejó caer, aún con la flecha en la mano, contra su voluntad. Sintió el peso de un ser tan pesado como el mundo. Estaba encarcelada por todo lo que la rodeaba. La garganta de Alyra se desgañotó, pero una mano evitó que de su boca saliera sonido alguno.

Uther apareció sobre ella. Pudo verlo de cerca, y aquello fue como estar dentro de una caldera con carbón. La sonrisa del señor de los dragones había desaparecido, reemplazada nada más que por una mueca llena de malicia, encorvada hacia el deseo de devorarla allí mismo y escupir sus huesos.

Esta vez Alyra temió por su vida como nunca lo había hecho. Sintió la mano de Uther deslizarse por su vientre, reclamándolo para sí, y se detuvo en la curva de su seno. El señor de los dragones lo palpó como si fuera una naranja exótica.

—Espero que tu boca sea tan grande para cuando te obligue a hacer cosas que jamás he querido hacer —dijo—. Se está muy solo aquí, ¿sabes? Hacía tiempo que no contaba con la compañía de una hembra entre los míos. ¿Qué crees que pasará cuando descubra que ya no me eres útil? ¿Será qué lo que se dice de la princesa Alyra son solo mitos de camino que envenenan el habla de las caravanas y bardos?

—Por favor... —Es lo que Alyra habría dicho de poderse mover. La presencia de Uther se asemejaba a la de un abismo. Nada haría con él, tan fuerte, sobre ella. Valía dejarse llevar y entregarse a su destino.

Uther se frotó con ella. Alyra sentía su erección pasearse por su entrepierna, abriéndose paso entre sus muslos. Quizá fuese su voluntad, pero mientras Uther tenía sus senos agarrados, la humedad palmeó su clítoris como si una lengua lo meciera.

Alyra gimió, presa del pánico y del placer, como si aquel momento hubiese sido construido para ella. Quería más, pero quería escapar. La noción del tiempo fue desperdigándose a medida que el miembro de Uther crecía dentro de ella. ¿La habría penetrado? No lo sabía.

Las palabras se convirtieron en gemidos, y la salivación de su garganta la llevaron a morderle las orejas al señor de los dragones. Él hizo lo propio y arremetió con la violencia de un ejército. Alyra no se contuvo y encerró a Uther entre sus piernas, pensando más y más. Aquel miembro que la penetraba una y otra vez no parecía tener fin, crecía como una enredadera; una enredadera que encerraba todos los secretos del placer. Alyra jamás había sentido tanto de sí misma y de alguien más en su antiguo hogar.

Uther la llenó con sus fluidos. Era caliente como su aliento. Y sus ojos de nebulosa la timaron en un espacio en el que solo se pertenecían la oscuridad del pantano y ella.

Era su oportunidad.

La flecha, llevada por el instinto, la clavó a un costado de Uther. Sintió algo resquebrajarse, y pensó que se trataba de sus mismos huesos. Las astillas volaron como puñales.

Pero Uther blanqueó su mueca y se levantó con la misma parsimonia con la que se había movido al esquivar las dos flechas. La tercera flecha estaba

clavada en él. La sangre comenzaba a manar. Miró aquello como un acto de banalidad y se sacó el proyectil como si se sacase a una alimaña del cuerpo.

Alyra, quien seguía desnuda, tiritaba. Uther lanzó la flecha a su lado. Se dio la vuelta y se perdió en el bosque.

Alyra no supo de sí al momento y se quedó dormida en la oscuridad, una vez más, desconociendo lo que sería de ella en el futuro.

Por ahora había sobrevivido a la ira del señor de los dragones. Cayó en una inconciencia placentera.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Recorrer sus aposentos nunca le había sido tan tedioso al señor de los dragones. Aquellas cortinas de seda, hiladas con torturas de fondo, difuminaban la poca luz que entraba por el gran ventanal de la torre. La brisa matinal parecía rehuirle a su presencia. Uther estaba sentado en un taburete, sin camisa.

Le dolía el costado; la punta de aquella flecha había hecho un trabajo casi impecable. No lo suficiente como para matarlo o lisiarlo, pero sí para recordarle que, a pesar de tener habilidades que sobrepasaban toda comprensión, era de carne y hueso, y que el mayor o menor descuido podrían quitarle la vida.

Debía ir con más tiento la próxima vez que intentase ser un bocazas. Sabía que perder el control ante insultos infantiles no era nada digno del señor de los dragones. ¿Qué pensarían sus hombres si hubiesen presenciado aquel espectáculo insulso? ¿La marea infernal cayendo a menos de un elfo? Era impensable.

Terminó de vendarse con aquellas telas traídas desde los mares del sur y se levantó en busca de aquel lustroso vino que tanto le hacía falta. Darse un gusto, después de semejante embarrada, merecía la pena.

Se sirvió una copa, perdiéndose en el sonido que producía el líquido contra el metal, y como de costumbre, se relajó al instante. Aquel momento lo adormecía más que el hecho de degustar su propia cosecha. Se llevó la copa a los labios y bebió con la parsimonia de un cuervo. Se encaminó hacia el ventanal.

—Sé que no estoy equivocado —dijo, balanceando el vino de su trago. Sus pasos resonaron en las placas de madera opalina.

Corrió las cortinas y dejó entrar la luz, aunque esta se rehusaba a bañarlo con su presencia.

—¿Por qué huyes? —dijo Uther—. ¿No tengo el mismo derecho que todos a gozar de tu calor?

La luz cedió y entró en la habitación. Tocó los objetos y alargó sus sombras con la timidez de un cordero.

—Eso es —dijo Uther. Se mojó los labios—. Déjate llevar por tu instinto.

Posó su mirada hacia la lejanía. Páramos vacíos y llanuras de las cuales no tendría que sentirse orgulloso. En la aldea, o lo que quedaba de ella, se podían ver pequeñas humaredas grisáceas e informes elevándose hacia el cielo. Las voces llegaron a él, como si las hubiese invocado con el pensamiento. Volvió a tomar y sintió una punzada en su brazo.

Aquella era la señal; una que no estaba esperando.

—Aún queda algo de tiempo —dijo, intentando que su voz no luciera tan preocupada.

Pero en realidad lo estaba. Si no cumplía los designios del destino en el plazo que se le había dado, la desgracia caería sobre todos. No podía fallarse a sí mismo, pero sobre todo, no podía fallarle a los vestigios de su propio pueblo.

Recordar la gran promesa le hizo aguas el estómago, y su garganta se petrificó como si la enfermedad hubiese dado por fin con él. La Dracónosis sabía joderle el día. A veces estaba allí, dormida y retenida como si nada pudiese despertarla. Uther había aprendido que aquello era sólo una treta, una maraña del destino para que se descuidara y bajara la guardia.

En sus años más mozos, cuando el mundo todavía estaba aprendiendo a gatear, la Dracónosis escocía su alma con tanta intensidad que tenía que encadenarse a la peor mazmorra de su reino. Quienes tenían la tarea de hacerlo, por lo general, terminaban con el cráneo aplastado o el alma hecha cenizas.

Ni siquiera el paso del tiempo le perdonaba tales acciones. Era un señor, y solo por eso, es que le perdonaban; de lo contrario, su cabeza estaría clavada en una estaca a la entrada de la aldea, como recordatorio de que jamás debe alzarse las armas en contra de un paisano.

A veces, tal sentido del honor venía a atormentarlo por las noches, y Uther, incapaz de conciliar sueño, salía a pasear por su castillo en busca de algún perdón, como si las paredes tuviesen la absolución entre sus rendijas.

Volvió a tomar vino y en ese momento la puerta se abrió. El rechinar podría asustar a cualquier ser feérico del reino.

—Muy buenos días, mi amo —dijo el larguirucho mayordomo. Cerró la puerta tras de sí—. ¿Ha sido una buena noche?

—Siempre haces preguntas a las que sabes respuestas, Argoil —dijo Uther, sin darse la vuelta—. No recuerdo haber mandado a llamarte. —Posó la mirada en una cuerda que descendía del techo; la cuerda de la campana—. ¿Ha pasado algo mientras tenía los ojos cerrados? ¿Un nuevo caso de Dracónosis?

—Nada de eso, mi amo Uther. —Argoil negó con la cabeza—. He de avisarle que su prisionera ha despertado. —Se aclaró la garganta—. Luce muy desorientada. Le hemos dejado el desayuno. Quizás así aclare un poco esa paliducha piel.

—¿Acaso esa orden salió de mi boca?

Uther se dio la vuelta casi al instante. Argoil siempre osaba tomarse licencias de esa manera, pero aquello era inaudito. Por aquello podría mandarlo a las calderas y dejar que se pudriera entre el carbón.

—¿Por qué hiciste eso, Argoil? —preguntó Uther, intentando mantener la calma—. ¿Qué te llevó a pasar sobre mi voluntad?

Argoil dio un paso y luego se inclinó, humillando y recordando su fidelidad a la corona de los dragones. A pesar de eso, cuando habló no hubo atisbo de duda o arrepentimiento. Aceptaba las consecuencias de sus actos con la valentía de un verdadero caballero.

—Porque era lo correcto, mi señor Uther —dijo—. La chica no puede morir. Eso nos destruiría, ¿verdad? —Se levantó—. No es sólo su prisionera. Es de todos. Y todos debemos velar en que la princesa de los elfos se mantenga con vida.

Uther levantó una ceja. Odiaba darle la razón. Bajó la mirada hacia el ardor de su brazo. Sabía lo que encontraría; aquellas escamas brotándole como hiedras.

—Se acaba el tiempo —dijo.

—Lo sé.

Argoil se subió la manga y descubrió su muñeca de escamas.

—Lo sé —repitió.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 12

Las cortinas de la cama parecían granos de arena unidos por hilos. Brillaban ante la luz de la mañana, y si se les agitaba, parecían entonar una cantata interpretada por pájaros místicos.

Aquel aposento estaba tan cálido como el interior de una flor. Del techo caían guirnaldas a modo de móviles, y había pequeñas fuentes de agua que dibujaban en el aire semicírculos al hacerla brotar. La princesa Alyra pensó que soñaba, que aún estaba en las garras de aquel pantano, colgando de las fauces de alguna bestia, o que había muerto luego de...

Un chispazo le sobrevino como una bofetada al cuerpo.

Lo último que recordaba era que Uther se había largado, algo malherido, después del reto.

—Y he cumplido —dijo, con el gusto a sangre recorriéndole su garganta—. Soy libre.

Su corazón empezó a latir con más vivacidad de la que estaba acostumbrada. Corrió hacia la primera ventana, con la esperanza de encontrar un nuevo lugar. Desde allí, pensó, empezaría a planear la reconstrucción de su reino, pediría ayuda a otros reyes y luego marcharía en pleno hasta la guarida del señor de los dragones.

—También he de cumplir mi promesa —dijo—. Te mataré.

Sin embargo, al descorrer la ventana, toda la ilusión que venía dando vueltas en su cabeza se desplomó como si a una mariposa le hubiesen arrancado las alas.

—No puede ser —dejó escapar en un susurro parecido a un tropiezo.

La vista casi le calcinó los ojos. El páramo desolado a la distancia le indicó que continuaba lejos de cualquier atisbo de civilización. Sólo avistaba una aldea en la base de una loma, antes de que las construcciones pedregosas comenzaran a surgir hasta convertirse en aquel castillo negro en el cual se encontraba.

Por lo que pudo observar, se encontraba en una recámara reclusa en lo más alto de una torre, aislada. Las almenas y fuertes la encerraban

alrededor, sin posibilidad alguna de que alguien pensase siquiera en escapar. Seguía siendo una prisionera. Se mordió la lengua, y de repente los lujos de la habitación le dieron la impresión de querer atacarla como un veneno bajando por toda su garganta. Unas náuseas salidas de la nada le envolvieron como una crisálida, y pronto fue a caer ante la cama, despojada de sí misma y de toda esperanza.

El señor de los dragones no había cumplido su promesa. ¿Cómo podría? Era una lagartija mentirosa y sin moral. La tendría allí, y ella sería su esclava para siempre. Y al darse cuenta de aquello, Alyra maldijo el hecho de ser un elfo inmortal.

Envidió la fugacidad de los hombres y de sus escasas proezas en el mundo, ya que solo la muerte podría liberarla de aquella cárcel. No había nada que hacer. Ni siquiera con un arma podría matar a Uther; ya no tendría oportunidades así, no después de aquel flechazo.

Antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas, la puerta de doble hoja, hecha de grabados de alabastro, se abrió lentamente como el cantar de un canario. Alyra vio que un hombre alto entraba. Lo primero que se le ocurrió fue buscar algo duro que tener bajo la manga de sus ropas.

—No será necesario, princesa Alyra —dijo el desconocido, haciendo una leve reverencia.

El larguirucho tenía consigo un vestido brillante como la plata, y tan reluciente como la sonrisa de las ninfas del bosque de Varian.

—Me alegra verla tan... despierta —dijo el larguirucho, no sin antes esbozar una sonrisa e inclinarse.

—¿Quién es usted? —preguntó Alyra, sin quitarle la mirada de encima. No podía permitirse bajar la guardia.

—Soy Argotonovich Graunterium Franckerimt —respondió el desconocido con una solemnidad que retumbó en las cortinas—. Pero puede llamarme Argoil, princesa Alyra, para no enredarnos. Sé que sus conocimientos en lengua dracónica no son muy versados, así que vamos a mantenerlo simple.

Alyra levantó una ceja. La actitud de aquel sujeto no era hostil. De hecho, empezaba a sentir cierta familiaridad a pesar de su encierro. Argoil esperó a que ella se levantara para continuar hablando.

—Le he traído este vestido, ya que sus ropas están un poco gastadas. —Lo colocó en una repisa cercana—. Al amo le gustaría desayunar con usted, o al menos eso anticipo.

—¿Uther?

—Así es.

—¿De ninguna manera comeré con ese demonio! —Las cejas de Alyra se alzaron como alas—. Me ha mentido en la cara. Es un vil mentiroso. Prometió que me liberaría si lograba herirlo con una flecha.

Argoil se quedó callado. Lanzó un largo suspiro, y en las arrugas de su rostro se vieron reflejadas todas las eras del mundo.

—Estuvo muy mal de su parte prometer cosas que no podía cumplir —dijo—. Pero acepte su invitación, princesa Alyra. Es mejor escuchar una disculpa de la boca del infracto que de boca que su sirviente. —Volvió a sonreír con la calidez de una mañana—. Le avisaré que se encuentra consciente. Mandaré a buscar por usted.

Se dio la vuelta, dispuesto a salir.

—Espera... —dijo Alyra.

Argoil se detuvo y la miró como quien ve a una niña pequeña.

—¿Sí, princesa? ¿Desea algo más?

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Alyra—. Ya destruyeron mi hogar, mis sueños y mi futuro. ¿No es eso suficiente? ¿Les causa placer el hacerme sufrir?

Argoil continuó hasta el umbral de la puerta, luego se detuvo y habló con pausa.

—La vida de los elfos es tan longeva que se dice que nacieron el mismo día en que la luna apareció en los cielos para espantar a la noche —dijo Argoil—. ¿No le parece una desdicha vivir tanto? ¿Vale la pena ir en contra de los designios del tiempo? ¡Ah, la inmortalidad! Espero que la haga valer. —Rio—. Quizás esta sea su oportunidad.

Y salió de allí sin esperar respuesta. Al cerrar la puerta, Alyra supo que su pecho estaba a punto de desbordarse como un torrente.

—¿Cuál oportunidad? —dijo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 13

Esperar jamás había sido su fuerte, y menos esperar a una de sus prisioneras, pero Argoil había insistido.

—Usted sabe por qué debe hacerlo —había dicho—. Fue una idea horrenda en ponerla en un calabozo y llevarla a ese pantano en primer lugar.

—¿Tú que habrías hecho? —le preguntó Uther—. ¿Rodearla de arlequines y saltimbanquis en una habitación floreada con cascadas y demás? No me jodas tanto, Argoil.

—No creo que estemos más jodidos, amo.

Y allí estaba, a la cabeza del mesón rectangular del salón de banquetes, con el estómago rugiéndole a la espera de Alyra, quien parecía tomarse su tiempo, si es que no se había ahorcado con las sábanas.

—Si así me ahorra la cháchara... —susurró.

Por la puerta del fondo entró Argoil, y se paró al lado del umbral como un vigilante. Se aclaró la garganta y anunció como un heraldo de la corte:

—¡La princesa Alyra del Bosque de Varian!

Lo que siguió después fue la llegada de Alyra al comedor. El paso de sus tacones ensordecía al mismísimo silencio de la mañana, como si aclarara todas las sombras que se escondían de la presencia de Uther. Llevaba el cabello recogido con unas esplendorosas raíces, mientras que sus ojos se delineaban con pintura hecha de cuarzo, como un jardín.

El vestido azul parecía un mar, y ella una diosa traída desde sus profundidades. Su piel blanquecina contrastaba con la tela como si estuviese unida a ella, llevándola en un fantasmagórico baile hacia la mesa en la que Uther estaba.

Su rostro, sin embargo, era una piedra, una estatua tallada que parecía haber sido olvidada con el pasar de las eras, como un monumento sacrílego del cual ya no se podía hablar en ningún lado, un eón que representaba el paso del tiempo y del envejecimiento.

Pero era un rostro hermoso en su frialdad, y eso, Uther, no podía negarlo. Y no cayó en cuenta del carraspeo de Argoil cuando la princesa Alyra llegó

hasta la mesa.

—Amo... —susurró el mayordomo.

En ese momento, Uther espabiló y maldijo desde adentro su falta de modales.

—Muy buenos días, princesa Alyra —dijo, levantándose.

Argoil corrió la silla de Alyra y esta se sentó.

—Muy buenos días para usted, señor de los dragones —Alyra siseó la última frase, con la lengua teñida de veneno.

Uther replicaría aquella falta de delicadeza ante su nombre, pero la mirada fugaz de su sirviente le bastó para que continuara apegado al plan. “Me las vas a pagar, larguirucho”, pensó. Se sentó con toda la cortesía que le fue permitida.

—Déjeme que le cuente sobre el menú de hoy, princesa Alyra —dijo Argoil. De su bolsillo sacó un pergamino. Se colocó un monóculo y leyó con la parsimonia de una mosca—. Tenemos tocino, huevos, leche fresca, una ración de alubias que si me pregunta no encontrará mejores, y todo esto acompañado del pan blanco de la casa. Si prefiere, podemos cambiar la leche fresca por una buena jarra de vino. Le juro que no se arrepentirá.

Uther pensó que su mayordomo hacía décadas no lo trataba así. Por lo general era un bocazas complaciente.

—¿Y bien? —siguió Argoil, esperando la respuesta de la princesa.

Alyra clavó una mirada en el señor de los dragones al otro lado de la mesa y luego en el larguirucho.

—Me parece una selección magnífica, digna de un rey —dijo—. ¿No es mucha molestia agregarle una canasta de uvas y manzanas, además de una jarra de miel? Quisiera endulzar un té de hierbas si cabe la posibilidad, mi buen Argoil.

Al mayordomo se le iluminó el semblante como un farol, y Uther pensó que Alyra le había lanzado un conjuro para dibujarle aquella cara de atontado. Sin duda, aquella princesa sabía manejar bien las palabras ante alguien de la plebe, sin importar su raza.

No por mucho, también lo había llevado a cometer aquel acto en el pantano. Recordarla así, desprovista de protección se la endureció brevemente. Tragó grueso, intentando ocultar su deseo por volverla a ver así.

—Por supuesto, princesa —dijo Argoil—. En seguida traeré vuestra orden.

—¿Acaso piensas irte sin preguntar lo que yo deseo? —alzó Uther. Ya no podía tolerar que le siguiesen ignorando. Era el señor de todo lo que veía, así que más le valía al larguirucho mostrarle algo de respeto.

—Asumo que la prioridad es lo que la dama pida —contestó Argoil con una sonrisa—. ¿No es así, amo Uther?

—Asumes mal, mi querido amigo —dijo Uther—. Un rey tiene también sus necesidades o ¿lo has olvidado?

Antes de que Argoil contestara, se escuchó una risa proveniente de Alyra.

—¿Siempre es tan malhumorado por la mañana? —dijo la princesa.

—Más de lo que piensa —dijo Argoil.

—Ya me lo imagino. Supongo que vivir en un sitio tan feo te quita las ganas de reír. —Hizo una pausa—. Y hasta de comer.

—¡Ni que lo diga! —exclamó Argoil—. Recuerdo una mañana en la que el amo se sentía especialmente fuera de sus casillas. Andaba de allá para aquí como un bisonte, tirando todo a su paso. Al final del día, todo recayó en un dolor de muelas. Le dije que se preparara alguna pócima para aliviar su aflicción, o terminaría dejándonos sin hogar. ¿Y sabe qué hizo el muy cabezota?

—Estoy aquí, Argoil —intervino el señor de los dragones, intentando mantener la calma, pero sus puños estaban tan apretados como un saco de patatas en buena cosecha.

Alyra engendró una sonrisa de las que Uther jamás se imaginaría. La herida le dolió, como una patada.

—¿Qué hizo, Argoil? —preguntó Alyra—. ¿Qué hizo nuestro inteligentísimo señor de los dragones?

—Pues verás, princesa —dijo el mayordomo—. Aunque la sabiduría sea algo que al amo le sobre, en estos casos prefirió ser algo más práctico. ¡Y

de qué manera! Lo mejor que se le ocurrió fue visitar al maestro herrero y sacarse la muela con una pinza caliente. ¡La muela no salía! Cada aldeano del pueblo tuvo que ayudar a tirar de la herramienta hasta que por fin, la muela salió.

”Pero déjeme terminar, princesa Alyra —continuó Argoil, quien se veía a leguas que no aguantaba más las ganas de estallar de risa—. ¡Sacamos la muela equivocada!

Y pasó. Las risas no permanecieron en la cárcel y tanto Alyra como Argoil se desparramaron allí en su propia diversión. Quién sabe cuánto duraron en aquellas carcajadas que asolaban sus panzas como el buen desayuno que Uther esperaba, pero un revolcón de la mesa los hizo detenerse.

Uther se había levantado, hecho una fiera. Su cara estaba tan contraída por la ira que le corría por todo el cuerpo. La dracónosis se extendió un poco más en su brazo; podía sentirla consumirlo, llamándolo a lo inevitable.

Destrozó la mesa con un golpe de fuego, y las ascuas viajaron por toda la habitación, semejantes a meteoritos. El terror había aparecido en los ojos de su cautiva, y aquello le instó a seguir destrozando las cosas del comedor.

—¡Amo! —gritaba Argoil—. ¡Deténgase! ¿Qué cree que está haciendo?

—¡Te burlas de tu señor y pretendes que todo siga como si nada! —gritó Uther—. ¡Te enseñaré!

Uther cogió del cuello a su criado y lo alzó como una marioneta. La dracónosis había hecho brotar escamas hasta el cuello. Miró a Alyra, y en el arrebató comenzó a rugir. Sentía que los colmillos se alargaban, y que el fuego consumía sus pupilas como una pila de heno.

—¡Largo de aquí, zorra! —gritó el señor de los Dragones.

Alyra no se movió, paralizada por el miedo, como una estaca, clavada como si no tuviese escapatoria. El techo comenzó a agrietarse y Uther volvió a rugir con las escamas a flor de piel.

—¡Largo! —gritó, antes de lanzar a Argoil hacia la pared.

La princesa Alyra dejó escapar el verdadero terror por su boca y salió corriendo de la habitación.

CAPÍTULO 14

A pesar de que Alyra corría lo más rápido que sus piernas le permitían, tenía la sensación de que el espacio a su alrededor se compactaba y la encerraba. Se rasgó la falda del vestido y anduvo entre pasillos interminables, escoltada siempre bajo la mirada de armaduras funestas y grisáceas. Los ojos del señor de los dragones la seguían a dónde fuese como los eslabones de una cadena.

Y más allá de eso, seguía escuchando el rugido vomitivo que había emanado de la garganta de aquel ser. Estaba segura de que las escamas le habían brotado hasta la coronilla, como si un enjambre de diamantes lo envolviese desde lo más profundo de su cuerpo.

Alyra llegó hasta lo que parecía ser un recibidor. Bajó rápidamente las escaleras, un pie detrás de otro, sin importar si se tropezaba o no. Los escalones eran obstáculos, como riscos salidos de la tierra, dispuestos a ponerle fin a su carrera.

Un nuevo rugido la espabiló, erizándole los vellos de la nuca. No miró atrás, pero estaba segura que había escuchado su nombre en la lengua dracónica.

A su cabeza vinieron de nuevo las imágenes de su reino devastado por el fuego, y en ese momento sintió que la temperatura del castillo aumentaba y aumentaba, como si estuviese en la boca de un volcán. Corrió hacia la salida del castillo a pesar de no saber con qué se encontraría. Tenía que escapar. Tenía que salvar su vida, fuese como fuese.

Cruzó veloz cual caribú, atravesando la barbacana. A su alrededor veía sombras, informes, parecidas a las que había en el pantano. No se detuvo a ver. Siguió el sendero, desgastando la suela de sus zapatillas; las plantas de sus pies ardían y la luz del sol le quemó las pupilas como un fogonazo.

Corrió más rápido hasta que dejó de escuchar los rugidos en su corazón, hasta que las casas ennegrecidas por la devastación se alejaron de su mente, hasta que sus pies, cansados, no dieron más. Había corrido como nunca en su vida, como una de las tantas presas a las que tanto les había dado caza en su amado bosque.

Así, Alyra, la princesa de los elfos, se detuvo en una callejuela rodeada por edificios de piedra, rudimentarios, unidos con el poder de la fuerza y la argamasa. No había nada solemne en ellas, solo la mundanidad de un universo paralelo al suyo, al que no pertenecía debido a su inmortalidad.

Hasta las gotas de sudor que le corrían de la frente jadeaban, palpitando con corazón propio, destrozándose en un ciclo interminable de sufrimiento y hastío.

Pero a pesar de todo, Alyra estaba libre. Miró a su alrededor y no había nadie más que ella; había escapado de las garras de Uther, y solo le quedaba la compañía de la calle. De la nada, una sonrisa le apareció en el semblante, auténtica, luego de estar encerrada junto a su dueña. Alyra se dejó caer en la pared de una casa y respiró como si fuese la primera vez, renacida, el aire de la mañana.

—No puedes detenerte —se dijo—. Aún podría alcanzarte...

Aquella imagen la hizo levantarse de tirón, y aunque la calle estaba desierta, decidió ir con mucho tiento; no deseaba que nadie la viera.

Y así caminó Alyra por el pueblo, pensando en su propia soledad y destino. A partir de ahora tendría las riendas de ella. ¡Qué falta hacía volver junto a los suyos! ¡Ahora su venganza estaría completa! Por su cabeza ya se enumeraban todos los clanes a los que pediría concilio para acabar con la amenaza de Uther y su malignidad.

Ella sería la liberadora de todas las tierras, erradicando así la maldición de los dragones. Levantarían estatuas en su nombre y los bardos compondrían cantos épicos en su memoria que trascenderían el paso del tiempo. Su hazaña quedaría grabada en las piedras sagradas del Monte de los ídolos, más allá donde los ojos y las estrellas podrían soñar jamás llegar.

—Alyra, princesa de los elfos de Varian —murmuró, muy dada de sí misma—. Leyenda inmortal por los eones de los eones, y que así sea.

Pero otra voz salida de la tierra le interrumpió la fantasía como el filo de unas tijeras.

—¿Acaso son mis ojos tan viejos como para confundirme de esta manera? —dijo el céfiro—. No. No es eso. Mi nariz me dice que estoy en lo cierto.

—He olido esto desde hacía semanas —contestó otra, casi tan reptante como la primera—. Estamos en presencia de...

—¡Calla! —dijo la primera—. No querrás alertar a todos.

—¿Y por qué no? Tienen tanto derecho a verla como nosotros. —La segunda pareció resoplar como un fuelle—. Fuimos nosotros quienes arriesgamos el pellejo...

Alyra viraba de izquierda a derecha en busca de aquellas voces. Comenzó a correr de nuevo, pero las voces no se callaban.

—¡Mírala! —decía una—. Es tan ágil como un pájaro. Deberíamos dejarla volar con nosotros.

—Dicen que los elfos tienen otra clase de alas —dijo su compañera—. Las alas de la magia.

—Maldita brujería.

Dos figuras se presentaron ante Alyra. Eran tan altas como Uther, pero no iban tan bien vestidos como él. Sin embargo, algo en sus ojos la paralizó por completo, como si nunca hubiese aprendido a caminar. Alyra cayó y desató sus risas.

—¡Vengan a ver! —gritó uno.

De las puertas en la calle comenzaron a salir más personas, todos tan rústicos como una armadura oxidada. Sus rostros se abrían de la sorpresa apenas clavaban la mirada en Alyra.

—¿Una elfa? —decían.

—¿Aquí? Eso es imposible. Los matamos a todos.

—¡Pues aparentemente eso no es verdad! La estás mirando.

Y la comenzaron a rodear. Alyra podía olerlo. Olían a azufre, a infierno, a lo que había devastado a su pueblo.

—Entonces hay que terminar el trabajo, ¿no?

—¿Será prudente?

—Siempre es prudente derramar sangre de elfo.

Fue como si un círculo de fuego hecho de espinas flamígeras la volviese a encadenar a la torre de Uther. Y aquellos ojos, personas, seres o como su mente quisiera nombrarlas, comenzaron a desfigurarse, deshaciéndose de su propia piel, uñas, dientes y cabello, como si se derritieran por el calor de las llamas.

La piel putrefacta y carbonizada hasta las cenizas dio paso a una nueva piel, escamosa y llena de hendiduras oscuras y reptilicas. De aquellos brazos, que una vez fueron humanos, emergieron huesos de piedra y garras corroídas por el olor a calderas. Dientes afilados en hocicos siniestros y alargados, parecidos más a un cocodrilo deforme y falto de honor.

Las alas de aquellos gigantescos seres rompieron sus espaldas como raíces enfurecidas en una tierra maldita y devastada. Plegables y fieras, con un solo palmeo, Alyra fue a dar contra el suelo, arrinconada.

El círculo de fuego rugía, reía, quizá de regocijo por haber encontrado una nueva presa; no lo podía saber. Tan solo ella podía conocer el miedo propio que ahora escalaba hasta su vientre, apuñalaba su estómago y colmaba su corazón como el veneno de una serpiente.

—Dragones... —pensó o gritó. Ya no estaba segura de lo que ocurría en su cabeza—. Siempre... Siempre he estado entre dragones...

Y el aliento de aquellos engendros la llevó por los pilares más altos de la inconciencia. Se vio a sí misma atravesando un campo quemado y flotante, sostenido nada más que por ramas esqueléticas y lóbreas. Su cuerpo le pesaba tanto que se dejó caer a pesar de que no había un final para el abismo. Se dio cuenta de que ya no llevaba ropas encima, y que su cuerpo desnudo caía a merced de un frío lacerante como la malicia de un carnicero.

Unas garras del tamaño de un mundo la alzaron. Se encontró cara a cara con tantos ojos como estrellas en el cielo. Sintió deseos de pincharlos, uno a uno, con una espada, desgarrarlos con sus propias uñas, y mientras más lo pensaba, más le abandonaban las fuerzas. Ya no se pertenecía, exhausta en sí misma, en ese mundo ajeno a ella y a toda felicidad.

Volvió en sí, y cuando cayó en cuenta, estaba encerrada bajo las garras de un dragón de escamas negras como las alas de un buitre. La apretaban, haciendo que renunciase al aire que necesitaba incluso para gritar.

—El miedo huele a olvido —dijo el dragón en una lengua que Alyra jamás pensó volver a escuchar. La lengua maldita—. ¿Qué prefieres? ¿El olvido o la muerte? Para nosotros no hay diferencia... Fuimos olvidados.

—Pero temidos —dijo otro dragón, respirando llamaradas—. Los cuentos de tu gente, no, de todas las gentes de este mundo se jactan de relatar nuestras más atroces hazañas, como si fuéramos un cuadro cargado de tumbas y espectros.

—Y es así como hemos evitado el olvido, elfa. No hay nada más perpetuo que el miedo, y ser parte de él nos ha permitido seguir existiendo. —Se escuchó algo parecido a una risa. Aquel dragón parecía hablar con la voz de todos—. ¿Qué será de tu pueblo una vez que te quitemos la vida? ¿Temes descubrir que el olvido te arrope como a una vieja canción? ¿No ser digna del recuerdo, ni siquiera de la lástima de los pueblos que queden en esta tierra? Porque eso es lo que pasará, pues los elfos solo son pasajeros frágiles, desconectados de lo que ocurre incluso en sus bosques, con sus miradas aéreas que se sostienen bajo la ilusión de ser superiores.

—Superiores hasta que son tocados por el fuego.

Y el círculo ígneo rio. Rio tan fuerte que Alyra pensó que el reino se partiría en pedazos. Darse cuenta de su propia mortalidad, de cómo su vida pendía de un hilo desconocido, que no era más que una larva para aquella criatura, que el trono en donde se sentaba su padre, y que ella algún día aspiraba a tener, no significaba nada más ante el tiempo. La inmortalidad de los elfos comenzaba a ser un mito. Su propia gente había caído en el olvido.

—¡Basta!

Y aquel rugido rompió el cielo. Alyra despertó de su letargo.

—Mi señor —dijo el dragón que la sostenía—. Parece que un parásito se nos ha alojado en los pliegues de nuestras alas.

—Sabia rata rondaba en nuestras queridas moradas —dijo otro—. Pero le hemos hecho un favor. ¿Desea un escarmiento público en la plaza? ¿Despellejarla, quizá? Es la única diversión que tendremos durante un tiempo, así que más vale sacarle provecho. —Se aclaró la garganta—. Claro, si es su deseo, mi señor Uther.

Al escuchar el nombre de Uther, Alyra abrió los ojos tanto como pudo y entornó la mirada con la esperanza de ver más que llamas y putrefacción. El hechizo de los dragones era fuerte, y la consumía como una enfermedad.

Lo reconoció. Reconoció aquella mirada en el semblante de la bestia que se acercaba lentamente. Su forma de andar, o arrastrarse, sobre las patas hablaba del por qué era el amo y señor de las criaturas que la tenían cautiva. Incluso, sus gruñidos lo diferenciaban muy por encima del resto.

Era superior. Era el señor de los dragones, como varias veces le había dicho. Aquellas escamas lo habían consumido como arenas movedizas; parecían cicatrices incrustadas en lo más profundo de su ser, y para sorpresa de Alyra, parecía que le hacían un daño terrible.

Uther se detuvo, imponente como una montaña y el resto de los dragones guardaron silencio absoluto entre siseos y ascuas. Incluso, el dragón que sostenía a Alyra, dejó de apretarla con la misma intensidad de hacía unos instantes. Ella pensó que la soltaría en cualquier momento.

—No tienen idea, ¿verdad? —dijo Uther, paseando la vista por sus súbditos. Los dragones dudaron antes de hablar. En aquella mudez, Uther volvió en la lengua olvidada.

—Ante ustedes ha llegado la princesa Alyra de los elfos de Varian —dijo—. Y ordeno, expresamente, que suelten a la pobre criatura.

Si el silencio que se había apersonado era una catacumba, el que siguió luego de que Uther hablase era el dialecto de la muerte. Solo el dragón que sostenía a Alyra se atrevió a hablar luego de inmensurables latidos de corazón.

—Es una elfa, mi señor —dijo—. Hay que matarlos a todos... Ellos... ¡Ellos son los culpables! ¡Han de pagar!

—¿Osas llevarme la contraria, Faernir? —gruñó Uther aliento de lava.

—Nunca, mi señor... Es solo que...

—Entonces harás lo que te he ordenado y callarás a menos que quieras perder tus alas. ¿He sido claro?

Nadie respondió.

—¿He sido claro? —repitió Uther, y la inmensa sombra se deformó en llamas amatistas.

La tierra tembló, como si estuviese a punto de abrirse a la mitad, y Faernir depositó a Alyra en el suelo. La princesa de los elfos cayó, desorientada, y tal como si la hubiesen sacado debajo del agua, las siluetas comenzaron a reagruparse. Los dragones fueron dejados atrás, olvidados, y Alyra pronto se encontró rodeada de nuevo por la bandada de hombres rústicos.

Uther ya no era aquel Dragón inmenso. Se acercó a ella y le tendió la mano. Todavía despedía humo, y en su rostro no se habían idos ciertos ápices de escamas. Alyra podía haber intentado escapar nuevamente, pero las piernas ya no le respondían.

Se cruzó con la cara de Faernir; un pelirrojo polvoriento que parecía masticarse la lengua para tragarse la sarta de insultos e improperios que tenía reservado para ella. Sin darse cuenta, Alyra agradeció el hecho de estar a salvo y tomó la mano de Uther.

—No vuelvas a hacer tamaña insensatez —le dijo— o dejaré que te desvanezcas en ceniza al igual que tu padre y tu pueblo.

Uther se volvió a su gente.

—Yo la he traído hasta aquí —dijo—. Se le tratará como una igual y nadie podrá hacerle daño mientras mi aliento de dragón siga cubriendo las montañas. Es mi prisionero... Es mi invitada. La realeza se entiende con la realeza.

Alyra estuvo a punto de sentir alivio, pero Uther siguió hablando antes de mirarla duramente.

—Esto no quiere decir que he olvidado lo que los elfos nos han hecho —dijo—. Somos enemigos hasta que el Dios de la Muerte venga a buscarnos con su hoz y su capucha, y se digne a quitarnos la vida que tanto maldecimos.

—¿Entonces por qué?

—¡Silencio, he dicho! Su amo y señor ha hablado.

Dicho esto, se dio la vuelta, arrastrando a Alyra, quien ya no sentía ganas de seguir en este plano. Podría haberse dormido allí, a medio camino del castillo, a merced del murmullo de los Dragones. Ahora era seguro que

jamás se iría, pero estaba tan cansada que la negrura propiciada por sus párpados cerrándose le alejó dichos pensamientos.

—Debo... —susurró.

—Calla —dijo Uther—. Eres mi mascota, y te trataré como tal...

En aquella soledad, Uther la aprisionó contra una roca. Rasgó sus ropas y la miró. Alyra cayó en el influjo de los ojos de fuego, asustada y deseosa por sumergirse en ellos. La había salvado, y ahora, aquellas manos calientes la retenían como si quisieran devorarla.

Uther paseó sus uñas por todo su cuerpo y la tomó. Ella lo rodeó con sus piernas, exigiéndole que, si así sería una mascota, más vale que la tratara como tal. Uther pareció entender el mensaje, y su miembro erecto se hizo espacio entre sus piernas húmedas como lágrimas. Alyra gimió, reprimió, y volvió a gemir. Uther la penetró con todo lo que tenía mientras de su boca salía una lengua de la cual no dudó en engullir, como si un segundo miembro la penetrase en la boca.

Ella también usó sus uñas en aquella espalda de acero y arrancó unos cuantos espasmos al señor de los dragones, quien ahora arremetía más veloz y violento, sin freno, desbocado, con el placer en la punta. Alyra sentía sus pezones a reventar, como si ella misma estuviese a punto de...

Llegaron al cielo, en medio de aquella roca. Las venas de Uther podía sentir las en ella, dentro, deliciosas, ávidas. Los recuerdos de su vida quedaron atrás. Era el precio por salvarla.

CAPÍTULO 15

De vuelta a sus aposentos, Alyra percibió las verdaderas formas del silencio. Las cortinas corridizas de su cama habían perdido la majestuosidad de la primera instancia. Apenas puso un pie en aquella habitación, decidió darse un baño. Se vio las vestiduras rasgadas de su vestido, y poco a poco fue dejándolas atrás como si ella misma se transformase en otra persona.

La tina caliente colmó sus nervios y piel desnuda, y sus miedos poco a poco parecían evaporarse a medida que el vapor llenaba el cuarto. Tuvo la impresión de que aquello era una ilusión, que se encontraba flotando entre las nubes de espuma y aceites medicinales. La mugre impregnada y el olor a azufre se perdían en las pequeñas rejillas de ventilación.

Aquello ya no tenía sentido para ella. Quería dejarse llevar por las aguas, escurrirse como una acuarela hacia otros horizontes, dejarse caer y no volver a surgir entre las pequeñas olas que salían de sus finas piernas.

Pensó en su hogar, en su padre, en Galdor, en su pronto casamiento. La añoranza de sitios lejanos que parecían inmortales.

Y en dichos pensamientos, las palabras de aquel dragón llamado Faernir tomaban sentido. Su existencia estaba destinada a no prevalecer. Era solo una elfa, prisionera, en la lengua de Uther, su dueño.

Rompió a llorar. Había resistido cada embate, cada mandoble de la cautividad con la esperanza de que su propia fuerza la ayudase a salir de las dificultades, que pronto su temple la podría liberar como por arte de magia.

—Estoy equivocada —se dijo—. Siempre lo estuve... Pereceré junto a los míos.

—No hay otro destino —respondió la voz entre el vapor.

Los ojos de Uther se hicieron presentes, y ante su propia incredulidad, el señor de los dragones se introdujo, despojado de sus ropas, en la tina. Estaban a escasas varas de distancia, de frente. Alyra podía olerlo, y casi sentía que la temperatura del agua había aumentado drásticamente con el tacto de aquella piel de Dragón.

Uther estaba ojeroso. Las escamas se habían reducido hasta camuflarse con piel normal, y solo eran perceptibles si se prestaba la suficiente atención.

Alyra comenzó a detallarlo. Su contextura, más allá de estar marcada por una musculatura de dios, era más parecida al talle de un árbol. Su cabello caía como una desdicha, perdiéndose en una espalda recta. Alyra resistió el impulso de seguir bajando la mirada, pues sabía lo que encontraría... Se dio cuenta de su propia desnudez al mismo tiempo. Se cubrió con sus brazos, como un ovillo.

—Nada que no hayas visto en otros seres... —susurró Uther, distante. Parecía no interesado en mirarle—. A veces me pregunto cuál es la diferencia entre seres como tú y yo... Diferencias creadas, al fin y al cabo, surgidas de la nada...

—Nunca seremos iguales —espetó Alyra—. Tú eres un asesino... Un pillo...

—Ya... —suspiró Uther—. Lo que quieras... En tu pedestal todas las criaturas de la tierra son insignificantes...

Alyra calló. Aquel desdén no era típico del señor de los dragones. No comprendía. En un momento dado estaba envuelto en furia y ahora lucía como si hubiese perdido una batalla y estuviese destinado a vagar en la pobreza, y para el corazón de Alyra, aquello se le hizo terriblemente familiar. Quizá, pensó, no eran tan diferentes...

—¿Por qué me retienes aquí? —preguntó.

Uther clavó su mirada en ella, haciéndola perder la noción del tiempo. Cuando volvió a hablar, tuvo la impresión de que una vida humana entera había transcurrido.

—Creo que ya no vale ocultarte las cosas —dijo—. Mejor entregarse a la resignación de lo inevitable, princesa Alyra... Tú destino y el mío se han cruzado por el infortunio. El pueblo de los elfos ha sido desalmado y ruin con los nuestros.

—Ustedes también —dijo Alyra.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué los elfos y los dragones somos enemigos? —rio—. ¿Tu padre no te lo contó? ¿Ni el padre de su padre? La

inmortalidad es olvidadiza por lo que veo. —Y su risa se convirtió en una queja hecha de oscuridad.

—Quieren nuestros tesoros —dijo Alyra—. Nuestro oro, riquezas que quemarían las pupilas de cualquier persona con tan solo verlas.

—Vaya... Es curioso... Es obvio que el mito de la codicia de los dragones vendría infundado de tu parte. —Chasqueó la lengua—. Y para alguien avaro, pensarás que hemos desbancado a tu pobre gente, ¿no? Mis súbditos deberían tener armaduras de oro y yo una capa de escarchas doradas sobre mis hombros... ¿Has visto algo de eso...?

Alyra calló. La verdad es que, si los dragones mataban por oro, no se notaba. Lo único lujoso con lo que se había encontrado era su propia habitación. Ni siquiera el castillo era portador de una grandeza construida con los bienes robados de otros.

—Esto se llama Dracónosis —continuó Uther, señalándose unas escamas—. Es una enfermedad, una maldición que nos hace lo que somos, princesa Alyra. Más o menos controlada por nuestra voluntad, podemos transformarnos en las criaturas que muchos desprecian. Vivimos anclados a ella, y aunque decidamos no transformarnos más, nos termina consumiendo.

—¿No naciste así? —dijo Alyra, sorprendida—. ¿No son todos hijos de Bealfur, el primer dragón?

—Bealfur era el Rey de los hombres del Oeste, justamente en donde nos encontramos. Era un tipo poderoso, de grandes recursos y buen corazón. Yo qué sé, no lo conocí.

—¿Hombres?

Uther se le quedó viendo a su reflejo en el agua. Alyra notó como este reflejo, aquella cara acuática se deformaba.

—Los Dragones éramos hombres —siguió Uther—. La vieja colonia del Oeste, un reino casi tan grande como el de Varian. Nuestra gente podría haber prosperado. Todos los pueblos nos querían, o al menos eso pensábamos. Supongo que estorbábamos la grandeza de algunos...

En ese momento, miró a Alyra, pero ella no sintió odio en la profundidad de aquellos ojos. Se sintió vacía, y por encima de todas las cosas, sola, cosas

que jamás pensó percibir del señor de los dragones.

—La inmortalidad es un asco —dijo Uther—. Es demasiado tiempo para transformar el alma de un ser vivo. Tarde o temprano, aquellos que nacen en la bondad se ven tentados por los placeres mundanos.

—¿Cómo cuáles?

Uther esbozó una sonrisa como si conociese la respuesta desde que aprendió a caminar.

—Podría verme tentado por ti, por tu figura —comenzó—. Rasgar lentamente esa delicada piel con mi lengua, pasear mis dedos por tus pezones, que veo que se han endurecido... Podría caer bajo el influjo que me producen tus piernas, que ahora se contorsionan de vergüenza, pero que no dejan de escapar un tímido gemido... Sé que quisieras algo más de mí en tus adentros...

Uther se levantó, revelando así una erección de tintes titánicos que cortó el aliento de Alyra. Por lo pronto, antes de que pudiera darse cuenta, se imaginó —no— deseó caer bajo el influjo, toquetear cada vena, de arriba abajo. Estaba más húmeda que el agua de la bañera.

Pensó en Galdor, y la vergüenza de sus añoranzas la colmaron con la culpa. Pareció notar aquello y carcajeó, lánguido y reptil.

—Esos son los placeres que yo preferiría —dijo—, pero los seres como tu padre prefieren otros: el placer de ser poderosos... La Guerra Olvidada, en la que los elfos masacraron a millones de hombres del Oeste... Y a los sobrevivientes... Ya te imaginarás...

Se tocó la escama de la Dracónosis y se fue.

Alyra quedó confusa. Confusa y caliente. Deslizó su mano hacia su pubis, llevada por el eco de la última imagen de Uther y sus palabras. Decidió a darse placer, y sus dedos la atravesaron como una flecha...

CAPÍTULO 16

Cuando Argoil entró en el salón, Uther dejó escapar un suspiro tan largo como su vida. Al darse la vuelta, notó que aún tenía moretones de la golpiza que le había propinado. Y sin embargo, sintió que debía de agradecerle su presencia en ese lugar, ya que, de no ser por él, de seguro ya estarían condenados.

—Lo lamento, Argoil —dijo Uther—. He sido un insensato. Yo... No sé qué me ocurre.

—Siempre ha sido un insensato, mi amo —contestó Argoil—. Puedo perdonarle. Me he extralimitado con su paciencia, aunque no le prometo que no volverá a pasar. No lo había visto tan animado con... —Pausó— algo desde hacía siglos. Incluso desde que destruimos el Bosque de Varian hace poco.

Uther se encogió de hombros. Ya no valía la pena discutir con su criado; ahora en su mente culebreaban los próximos pasos a seguir. Sabía que en el pueblo sus decisiones no calaron del todo bien; el olor a imprudencia se le colgaba por las fosas nasales como una pila de estiércol a mitad de camino.

—¿Cómo está la señorita Alyra? —preguntó Argoil—. ¿Se ha recuperado ya?

Uther gruñó.

—Tomaré eso como un sí —continuó el criado—. Una tregua es más que necesaria.

—Lo sé —dijo Uther—. Pero aunque la tregua se prolongue, ella no querrá ayudarnos. Romper el hechizo de la Dracónosis no parece estar en sus planes, y mucho menos aceptar mi ofrecimiento.

—El Gran Árbol lo ha predicho, mi amo. Bajo su sombra ha de consumarse la unión. Todo a su tiempo.

—Tiempo es lo que no tenemos. —Uther caminó hacia la ventana. Observó las antorchas de la calle—. Cuando los otros pueblos élficos se enteren de que aquí está la última princesa, ¿qué crees que ocurrirá?

Argoil se permitió reír y acompañó a su señor en el mirador.

—Morirán si se atreven a atacar —dijo.

Uther sopesó las palabras. Al fin y al cabo su criado tenía razón. Tenía que obedecer a su propia naturaleza destructiva. La naturaleza del dragón.

* * * *

La mañana llegó como el galopar de un caballo. Alyra descorrió con pereza el dosel de su cama y fue a lavarse la cara. Al mirarse en el espejo, notó que las magulladuras y otras asperezas comenzaban a desaparecer, pero en realidad pensaba eso para alejar aquello que la venía molestando, aquello que no la mantuvo dando vueltas entre las sábanas.

Había caído en un embrujo. Era la única explicación. No era posible que haya olvidado a Galdor, a su gente. No era posible que de la nada, en medio de aquel baño de vapores —que sin duda debían de estar trastocados— sus deseos carnales cayesen frente a los ojos del señor de los dragones.

Eran sus ojos. Unos ojos que lo controlaban todo, que si quisieran, la estarían observando en ese momento, carcajeándose de su dilema, de su turbación. Uther la había condenado a esos ojos, fríos y foráneos.

Y lo había disfrutado. Ahora la culpa le atenazaba la garganta. Se había masturbado con Uther en el pensamiento. En aquel momento, hubiese deseado que aquel cuerpo dracónico la arremetiera.

—¿Qué me está pasando? —Alyra se alejó del espejo y calmó su respiración. Sin darse cuenta estaba mojada. Ni con Galdor ocurría aquello. Normalmente tomaba su tiempo, como un entremés antes del acto principal.

—Me ha hechizado. Lo sé.

Con aquellos mismos ojos había logrado aplacar la ira de su pueblo, que aunque no parecieran contentos con su decisión, bastó un rayo de pupila para mantenerlos a raya.

—¿Pero por cuánto tiempo, Alyra?

Se vistió con un nuevo vestido que seguramente Argoil dejó a escondidas, y salió hacia el comedor. Al llegar, fue recibida por el criado, quien anunció su llegada a Uther en la cabecera de la mesa.

El regente se levantó con los más excelsos modales, pero en silencio. Al sentarse Alyra, Argoil comenzó a servir el desayuno. Intentó buscar la mirada de este, pero el criado solo hacía pequeñas muecas entre anfitrión e invitada.

Aquel silencio la estaba volviendo loca. Habían pasado millonésimos latidos de corazón y Uther estaba más concentrado en acabar el tocino y los huevos frescos que dirigirle la palabra. ¿Se habría cansado de pelear? ¿Era parte de la tregua? ¿Así trataba a sus mascotas? Alyra se sorprendió a sí misma al pensarse como una mascota. Ella era libre. Y lo se lo haría saber.

—Me gustaría que me diese un recorrido por el castillo, ser Uther —dijo, reluciendo sus maneras—. Ya he tenido tantos días aquí, pero no conozco los recodos de esta magnífica construcción.

Uther guardó silencio como si intentase descubrir alguna treta en las intenciones de Alyra. La verdad es que solo quería estirar las piernas. Ya daba por sentado que su estadía en los dominios de los tragones sería longeva, así que procuraría acostumbrarse un poco al flujo del hechizo.

Aquella mañana, la apariencia del señor de los dragones parecía haber cambiado, como si el brillo de las estrellas lo hubiesen rejuvenecido, pero Alyra no se dejó engañar. Aquellas bolsas debajo de sus ojos pavimentaban un cansancio inusual para cualquier ser vivo. Sin embargo, la plata de sus pupilas mantenía firme aquella voluntad, arrastrando a Alyra sus propias cercanías.

Finalmente, Uther dejó a un lado los cubiertos, se limpió la boca con el pañuelo de seda e inhaló. Pequeñas volutas emergieron a un lado de sus labios.

—Dada las circunstancias —dijo, levantándose—, es acertado su decisión. —Esbozó una sonrisa, que Alyra encontró grata—. Con gusto la escoltaré por los alrededores de mi morada.

Alyra también se levantó con la magnificencia de los elfos.

—Será un honor.

Por el rabillo del ojo, Argoil parecía dar saltos de victoria. Reparó en sus modales de la nada y se irguió antes de intervenir.

—¿Necesitan algo? —preguntó.

—Nuevas ropas para la princesa —dijo Uther—. Quiero que deslumbre más de lo que ya lo hace.

Alyra se ruborizó. Fue escoltada por Argoil hasta sus aposentos. En el camino, no dejaba de apreciar la complicidad del criado, y fue vencida por la curiosidad.

—¿A qué viene tanta amabilidad? —preguntó.

—Está de mejor humor, princesa Alyra. Hay que tomar esta oportunidad. —Le dedicó una mirada de arriba abajo—. Y veo que usted también lo está. ¿Ocurrió algo que debería saber?

Alyra se le vino a la mente sus deseos.

—No —mintió con rapidez—. Es solo que esperaba que las cosas cambiaran a peor después del pequeño incidente.

—La gravedad del asunto carece de tamaño —dijo Argoil, toqueteándose la nariz.

—Sin embargo... Siento que tengo una deuda con él... Una deuda que está fuera de los límites del tiempo tal como lo percibimos.

—Las deudas están para saldarse.

Al llegar a sus aposentos, el criado la ayudó a escoger un conjunto hecho con fina tela amatista, que al contacto con su piel, revelaban una figura tan tonificada que Alyra estuvo a punto de desecharla.

—Si tiene una buena figura, ¿por qué no mostrarla? —le detuvo Argoil—. Además, el amo puede que aprecie su gesto.

Aquello despertó un nuevo deseo. El hecho de sentirse observada, como si fuera el último fruto de un manzano erizó sus vellos.

¿Galdor la habría mirado así alguna vez? En los resquicios de su memoria buscó cada ocasión que tuvo de hacer el amor con su prometido. Su propia sexualidad, avidez y ansias quedaban relegadas a un segundo plano. Claro, lo amaba, estar con él era lo que siempre había deseado —¿de verdad?— y era el deber de la princesa de los elfos de Varian el contraer matrimonio con algún alto rango dentro de sus tierras.

Galdor la sometía y la penetraba, a veces lánguido y otras como si aquello fuese un protocolo. Alyra ahora se preguntaba si alguna vez había pensado

en su propio placer. Desde aquella noche con Uther pareció abrirse un manajo de posibilidades que hasta ahora estaban escondidas en su psiquis. La pregunta que ahora la atacaba era la siguiente... ¿iría en pos de aquello? Eso implicaría dejar atrás a su pueblo, traicionar su legado, olvidarse de lo que ella era...

Y de súbito, un nuevo pensamiento se abrió camino como si derribase árboles a su paso. Uther lo había dicho claramente, y cegada bajo el fulgor de sus ojos no le prestó la mínima atención. Ahora la culpa, la deuda que tenía sobre sus hombros iba más allá. Pensaba que tenía que ser agradecida al haber sido salvada de los súbditos de Uther. Ya no.

—Esos son los placeres que yo preferiría —resonó en su cabeza—, pero los seres como tu padre prefieren otros: el placer de ser poderosos... La Guerra Olvidada, en la que los elfos masacraron a millones de hombres del Oeste... Y a los sobrevivientes... Ya te imaginarás...

—Argoil —dijo al terminarse de ceñir el vestido—. ¿Qué es la Guerra Olvidada?

El criado llevaba una bandeja de sales aromáticas y perfumes. Al escuchar aquello la dejó caer como si le hubiesen pinchado el corazón. Su rostro palideció hasta el punto de parecer un pergamino.

Y hubo silencio, un silencio de miradas a las que ninguno de los dos podía escapar.

—No soy quien debe hablar de estos temas, princesa Alyra —dijo Argoil—. Será mejor que...

—Necesito saber —dijo la princesa con una autoridad que le era impropia—. Es la única manera de saber el por qué estoy aquí encerrada. Yo... estoy confundida... Siento un peso en mi pecho que no puedo comprender, como si una estaca milenaria reposase en mi corazón. Uther...

—El amo hablará y usted, princesa Alyra, comprenderá. —Argoil le mostró su brazo escamoso—. Siempre he pensado que no debemos pagar por los pecados de nuestros antepasados, pero sí repararlos...

—Dracónosis.

—Así es... La maldición de los elfos sobre los hombres del Oeste... Los que logramos sobrevivir.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17

De las oscuras mazmorras a la gran biblioteca, el castillo de Uther no daba espacio a la mediocridad, y sin embargo, ostentaban una polvorienta mata de olvido que hacía que a Alyra la rodeasen un puñado de espasmos y escalofríos.

—No tiene por qué asustarse —dijo Uther, al sentir que las manos de la princesa la rodeaban—. Las armaduras no van a saltar a por usted como si fuera un intruso. —Rio—. Se los he ordenado.

—¿Pueden hacer eso?

—Eso y más. La magia de los elfos no es la única en este mundo. Pero eso usted ya lo sabe, puesto que ya ha pasado más tiempo de lo que requiere aquí.

—Comienzo a acostumbrarme.

—Me alegra oír eso.

Salieron por una puerta inmensa de relieve montaraz. Los grabados parecían llamas consumiendo el núcleo del mundo. Caminaron por un sendero rodeado de flores oscuras que parecían aletear al viento como una bandada de murciélagos. Al término de aquel camino, guiados por una espesura que no parecía pertenecer a aquel lugar, dieron con un árbol de hojas tan blancas como la barba de un anciano.

Alyra se detuvo maravillada al verlo, posesa ante la inmensidad de la madera, como si las raíces la sujetasen a la tierra.

—El Gran Árbol —explicó Uther—. El único tesoro que ha quedado del pasado. Se dice que cada hoja es una puerta de entrada al mundo de los dioses.

—Es muy hermoso...

Y de verdad lo era. Alyra se acercó y tocó su corteza. Sintió el respirar del Gran Árbol, tan sereno ante los lindes del mundo, del universo, una memoria que rebasaba sus propios límites.

Fue traspasada por un rayo. Alyra se vio a sí misma en un patio infernal hecho con verjas de fuego. A su alrededor no se encontraba Uther, pero si

veía claramente a tres figuras, claramente reconocibles. Lanzó un grito al espacio, pero su aliento se congeló a pesar del calor.

—¡Padre! ¡Galdor! —gritó.

Pero aquellas figuras no la veían. Alyra entendió que estaba en medio de una visión. Su propia silueta estaba difusa ante la luz de las llamas. Se acercó a aquella escena. Galdor y su padre apuntaba con sus sables a una figura arrodillada, ensangrentada, de cabello plateado. Estuvo a punto de confundirlo con Uther, pero aquel ser era más viejo, confabulado con un aire antaño. Supo que se trataba de Bealfur.

—Ya has conseguido lo que querías —dijo este. Escupió sangre—. Ahora deja que vivan... Nos recluirémos aquí hasta que nuestros cuerpos perezcan por la edad.

—Ah... —suspiró su padre, el Rey de los elfos—. Ese es el detalle, mi buen amigo. Dejarte a merced de la mortalidad no te daría la lección que estoy buscando enseñarte. No... ¿Qué evitaría que tus descendientes tomen venganza? ¿Qué sus enseñanzas nos cuelguen como a proscritos? Eso sería muy fácil...

—¿Entonces qué quieres de mí? —dijo Bealfur—. La paz ya no estará garantizada si me dejas con vida.

—Muéstrale, Galdor...

Alyra observó un bulto emerger de la espalda de Galdor. Un niño, con rasgos finos, casi miméticos al miedo que estaba sintiendo.

—Uther... —murmuró, espantada.

—Los tuyos vivirán, pero nunca volverán a ser hombres... —dijo Galdor—. Así como tú nunca volverás a ser Rey...

Galdor lanzó un sablazo al cuello de Bealfur. Un hilillo rojo apareció, lento. Los ojos de Bealfur se clavaron en sus asesinos antes de caer, sin vida. El grito de Uther fue opacado cuando Galdor lo lanzó junto al cuerpo de su padre.

—Aún no hemos terminado —dijo el Rey de los elfos—. Jamás te convertirás en hombre. Serás una sombra... Una sombra maldita.

Y el báculo de su mano izquierda, apuntó al pequeño Uther sin que este pudiese defenderse. La luz cegadora cubrió a Uther y comenzó a desvanecerlo, condenándolo a una vida de oscuridad.

El hechizo paró, y ambos elfos se perdieron entre las llamas. Alyra quiso seguirlos, pero Uther se había tirado al suelo junto a su padre, a desvanecerse junto a él.

—Nunca seas como ellos... —dijo Bealfur—. Sé mejor...

—Padre. Me iré...

—No todavía, mi pequeño Uther... Porque hay fuerzas escondidas que nos conducirán al triunfo...

Bealfur sacó un dije de su túnica ensangrentada. Tenía el símbolo de un gran reptil.

—Solo así te salvo de desaparecer... Y cuando hayas logrado tu cometido... Regresarás aquí con un tributo de paz...

Uther tomó el dije y unos tentáculos hechos de sombra lo rodearon hasta elevarlo. El pequeño dejó escapar un grito que podría haberle desgarrado la garganta. Un rugido de reptil, como si su alma intentase escapar por su boca. Las escamas comenzaron a encerrarlo en un cascarón, y antes de que Alyra pudiera reaccionar, tenía ante ella un dragón de dimensiones mastodónticas.

Alyra parpadeó, y se encontró de nuevo en el jardín del Gran Árbol. Uther la miraba, absorto ante lo que ella pudiera decir.

—¿Soy el tributo de paz? —fue lo que se le ocurrió preguntar. Los rostros crueles de su padre y Galdor la atormentaron conforme hablaba—. ¿Es por eso que estoy aquí?

Uther se llevó las manos a la espalda y asintió con lentitud.

—El Rey de los elfos de Varian nos condenó a esto —dijo—. Su sed de poder transformó a mi pueblo en lo que todos conocen como dragones. Solo yo soy el único que recuerda dicha travesía, el ver cómo asesinaban a mi padre de una forma tan desalmada. Esperé siglos y siglos hasta que por fin comprendí que la única manera de enfrentar la dracónisis era hacerles frente. Esta es la Guerra Olvidada.

Alyra estaba fría. ¿Qué podía hacer ella frente a tal injusticia? Era imposible que la bondad élfica se derrumbase de la nada, como un castillo de naipes.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo que has estado pensando desde que estás aquí... Sé muy bien, porque estoy dentro de tu cabeza, princesa Alyra. Solo tú puedes ayudarme a salir de esta enfermedad... A mí... A Argoil... A mi pueblo... A los hombres del Oeste, grandes entre los grandes... Y ayudarás a todos a recordar, a volver sobre los pasos de lo que estuvo mal y a reparar lo que alguna vez tu padre nos hizo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 18

Y fueron las trompetas los que sacaron del letargo a Alyra. Trompetas tan parecidas a las que había escuchado aquella vez que su reino fue atacado. El señor de los dragones también pareció sorprendido por la incursión del ruido en aquel sitio. Miró a Alyra y esbozó su colmilluda sonrisa.

—Sabía que no te dejarían sola. El viento de por sí lleva las noticias muy en alto.

Se escucharon unas segundas trompetas, diferentes a las primeras. Alyra las reconoció.

—Trompetas élficas —dijo—. ¿Es posible que...?

—Otros pueblos han escuchado de ti... Supongo que vienen a rescatar a la única superviviente... —Uther suspiró—. Era cuestión de tiempo. Tendré que matarlos...

Se dio la vuelta, pero Alyra lo sujetó del brazo, casi por instinto.

—Déjame resolver esto.

Aquellas palabras salieron de su boca sin pensárselas. Antes de atribuirle aquel fenómeno a la hechicería de Uther, se dio cuenta de que se trataba de su propia voluntad. ¿Estaba de su lado? La imagen de su padre y Galdor asesinando cruelmente al rey de los hombres del Oeste se le hizo tan nítida como si la viviese en carne propia.

—No sé en qué creer —dijo, levantando la vista hacia el Gran Árbol. Sus hojas parecían espadas, plumas plateadas de filo tornasol.

Una tercera trompeta. Quizá la de los vigías. Las tropas élficas ya estarían acercándose por el valle. Los dragones masacrarían todo un ejército en su tierra. Alyra intuía que Uther conocía de aquello, dando por hecho aquella tranquilidad tangible que le calaba el alma.

El señor de los dragones caminó a trancos de vuelta hacia su castillo. Sin duda, el fragor de la inminente batalla. Mientras andaban, la cabeza de Alyra lanzaba vendavales de recuerdos. Entre cuadros y pasillos, llegaron a

la almena principal. Argoil y los vigías esperaban a su señor, tozudos y con rastros de nerviosismo en el rostro.

—No creerá lo que hemos visto —dijo Argoil, pasándole un catalejo a su señor—. De locura.

—Sorpréndeme.

Uther observó el catalejo, y Alyra percibió cómo su respiración paró en seco. Ella vio hacia el horizonte, hacia una línea negra que parecía removerse como las aguas de un pantano; y crecía.

—Un ejército —murmuró.

—Y no solo eso —dijo Uther—. Velo por ti misma.

Alyra recibió el catalejo y observó a la distancia. Comprendió al momento lo que había helado el alma de Uther, ya que sintió exactamente lo mismo al ver el estandarte de su pueblo siendo cargado por Galdor. Sus piernas temblaron y casi tuvo que sostenerse de los bloques para no caer.

Galdor no venía solo. Atrás se reunían miles de tropas élficas de países vecinos. Galdor debió buscar ayuda luego de que su reino fue destruido. Ahora era claro que buscaba venganza, y ansias de rescatarla y llevarla de vuelta hacia su hogar.

—¿Tienes caballos? —dijo Alyra.

—¿Crees que los necesitamos? —preguntó Uther.

—Debo hablar con Galdor.

—Escaparás a la menor oportunidad. —Los ojos de Uther crecieron.

—Acompáñame. Quiero saber la verdad, y estando aquí no la encontraré. Quiero confrontarlos a ambos.

—Mi amo... —intervino Argoil—. La idea no parece ser muy buena... Si me permite.

—Irás con ella —ordenó el señor de los dragones—. Si intenta escapar, usa la dracónosis.

Argoil asintió antes de guiñarle un ojo a Alyra.

—¿Qué esperamos?

* * * *

El ejército de los elfos se detuvo al término de una loma, a pocas millas del castillo; justamente como su informante le había descrito. El sitio no había cambiado nada, y siempre estuvo frente a sus narices.

—Las ratas saben ocultarse en dónde no nos atreveríamos a buscar —pensó Galdor.

La barbacana principal abrió lentamente sus puertas. Con una señal del estandarte, indicó a los arqueros a que estuviesen atentos a cualquier cosa que pudiese venir de allí, pero al ver a un par de caballos cabalgar hacia él, su ansiedad se calmó.

—Emisarios —fijo para sí—. Es tarde para la clemencia. —Cargó su arco y apuntó hacia el primer jinete.

Cuando estuvo a punto de soltar la flecha, un olor conocido se le cruzó por la nariz. El jinete también adquiriría una familiaridad única, casi de otro mundo, de otra vida. Pensó que se trataba de una treta, hasta que la vio claramente.

Alyra montaba un esplendoroso corcel, armada con un carcaj y un arco, en compañía de un larguirucho de cejas pobladas.

—Bajen sus armas —dijo Galdor.

Se adelantó, encontrándose con ambos jinetes. El sonido de los cascos se detuvo de súbito. La mirada del larguirucho se clavó en él como una lanza. Alyra no se inmutó. Estaba tan bella como siempre. Se inclinó.

—Mi princesa —dijo—. El haberme encontrado con usted me da a entender que sus captores han entendido los riesgos que sobrevienen sobre sus mercedes. Pensé que lucharía hasta la muerte en su rescate, pero ya veo que no será necesario. —Miró al ejército a su espalda—. A menos que usted quiera clamar venganza sobre estas piltrafas. —Escupió a los pies del larguirucho.

Este lanzó un gruñido, y Galdor estuvo a nada de desenvainar. Guardó sus modales, porque aunque estuviese escoltado por un ejército numeroso, la

palabra de Alyra tenía el peso de todos los yunques de una herrería.

—¿Cómo diste con mi paradero? —preguntó Alyra.

—No fue sencillo, mi princesa —respondió Galdor—. Primero tuve que recuperarme de mis heridas. La verdad pensé que mis días en esta tierra estaban contados, pero gracias a la buena venturanza de los dioses pude despertar. Me tomó tiempo darme cuenta lo que había ocurrido. Busqué a su padre y nada... La busqué a usted, mi fiel amada y no tuve suerte. La di por muerta, así como usted me habrá dado por muerto.

”Salí en búsqueda de un nuevo hogar, y nuestros hermanos elfos de Cendrian no dudaron en brindarme una mano en estos tiempos de necesidad. Me acogieron como uno más. —Señaló orgulloso a los elfos—. Viví entre ellos y demostré mi valía, y sin embargo, sabía que mi vida ya no estaba completa si no la tenía usted a mi lado. La inmortalidad se estaba volviendo una desgracia sobre mis hombros.

”Eso fue hasta hace poco unos días. Un atisbo de esperanza vino ante mí. Era un incrédulo por no ver las señales, pero era claro. Un jinete vino a Cendrian con información importante... Una princesa elfo, a salvo... bajo el yugo de... las bestias... —Galdor apretó los puños.

—Los hombres del Oeste —tajó Alyra, como si no pudiese aguantarlo más—. Estas son las tierras de los extintos hombres del Oeste, Galdor. La recuerdas, ¿cierto?

Galdor abrió los ojos tanto como pudo y se mordió la lengua.

—Lo sabes —dijo Alyra—. Tú y mi padre los asesinaron. No intentes mentirme. ¿Crees que puedo regresar contigo luego de saber lo cruel que fuiste con los humanos?

—Era necesario —dijo Galdor, sin perder la calma—. Estaban creciendo exponencialmente. Muchos temimos lo peor. Teníamos que detenerlos o se alzarían en armas.

—Es una farsa —intervino el larguirucho. Sus ojos escupían volutas—. Jamás pensamos en hacerle daño a nadie. Fue la codicia de tu señor lo que los llevó a masacrarnos.

—Ya no tiene importancia, Argoil —dijo Alyra—. Pues si Galdor es inteligente, entonces sabrá en qué se ha convertido el viejo pueblo.

—Por supuesto que lo sé, mi princesa. —Galdor no entendía la familiaridad que había ahora entre aquel larguirucho y ella—. Y es por eso que he traído a este ejército.

—¿Crees que será suficiente para hacerle frente a los dragones? —Para su sorpresa, la mirada de Alyra parecía un fierro—. Lárgate de aquí, Galdor. Tengo mucho qué pensar. Me da vergüenza pertenecer a un pueblo tan avaro como el nuestro.

En ese momento, se oyó un estruendo dentro de las fortificaciones del castillo, seguido por un rugido de ultratumba. El plan había comenzado.

—¡¿Qué pasa?! —gritó el larguirucho.

—¿Qué has hecho, Galdor? —preguntó Alyra.

Ahora la carcajada viajaba por el cuerpo de Galdor como un caballo desbocado.

—No pensarás que vine sin preparación, ¿verdad, Alyra? El señor de los dragones debería revisar quién le es fiel o no... Al cabo, enterarme de tu paradero fue gracias a uno de los suyos...

Otra explosión, más grande que la primera, derrumbó una de las torres del castillo.

—¡Hay que regresar! —gritó el larguirucho—. ¡Mi señor!

—Así es —dijo Galdor—. Corran... Que iré por ustedes...

CAPÍTULO 19

—Nunca que creí que fueses de esos, Faernir —masculló Uther, rodeado de llamas y laceros—. Infiltrar al enemigo en nuestros reinos y de paso intentar quitarme la corona. De verdad eres un insensato.

Uther sentía la dracónosis fluyéndole por las venas. Ya sería cuestión de tiempo antes de que su forma dracónica volviese a flote. Sabía que estaba débil desde la última transformación, pero tendría que arriesgarse si quería salvar la vida.

Faernir tenía bajo su mando a una docena de lanceros elfos, los cuales habían arremetido a los aldeanos mucho antes de que tuviesen tiempo de transformarse.

—Has llevado el mando de estas tierras durante siglos y aún no aprendes a que debes cuidarte las espaldas, Uther —dijo—. Quizá es tiempo de que tengas un relevo.

Dicho esto, arremetió contra Uther y sus soldados.

Uther suspiró e invocó un maleficio ígneo que cauterizó cuanta carne se iba encontrado. Desenvainó su sable y se lanzó al ataque. El poder de la dracónisis iba en aumento en conjunto con los movimientos bruscos de la tierra.

Las garras se apoderaron de él. Aquellas zarpas volcánicas se llenaron de escamas, dejando estelas de fuego conforme avanzaban a Faernir, quien poco a poco se transformaba en la bestia que llevaba dentro.

El encuentro de aquellas bestias provocó una reacción en cadena que derrumbó las torres de las almenas del castillo. Los elfos quedaron atrapados bajo una vorágine de llamas que nunca vieron venir.

Ahora ambos dragones trazaban círculos en el cielo, desplegando sus alas con un poderío parecido al de mil huracanes. El fuego los consumía, y cada mordida venía cargada de una andanada de furia que nadie podía detener.

Uther vio las nuevas tropas élficas entrando a sus tierras. Una marea de fuego salió expelida de su boca y la primera línea de artillería quedó bajo el cementerio de cenizas. Sin darse cuenta, Faernir clavó sus garras en su

cuello y estampó aquella mole escamosa contra los adoquines de la barbacana.

—¡Así te quería ver, principito! —dijo en la lengua de los dragones—. ¡Ríndete y júrame clemencia!

—Jamás le daría mi clemencia a un traidor como tú, Faernir.

—¿Traidor, yo? —La risa de Faernir se coló entre sus afilados dientes—. Ha tenido a una elfa bajo su custodia durante todos estos meses y ¿osa llamarme traidor?

Clavó sus garras en Uther. El señor de los dragones sintió como su pecho se abría antes de dejar escapar sangre a borbotones. La visión comenzó a nublársele, y la silueta de Faernir quedaba relegada a pequeños espasmos de consciencia.

—¡Pide clemencia...!

Las palabras de Faernir se interrumpieron al momento en el que un segundo dragón lo decapitaba con las garras ardientes.

—Argoil... —pensó Uther al ver a su criado, transformado. Un dragón violeta. En su espalda llevaba una pequeña figura a modo de jinete—. Alyra...

* * * *

Argoil aterrizó junto al cadáver de Faernir, y en ese momento Alyra bajó de él de un salto. Vio a Uther, de vuelta a su forma de hombre, maltrecho, con una grave herida en el pecho.

—¡Sácalo de aquí! —gritó Argoil—. Llévalo al Gran Árbol.

El rugido de más dragones aproximarse la espabiló.

—Desertores —dijo Argoil—. Los retendré.

—¿Qué pasará contigo?

No recibió respuesta. Una andanada de flechas élficas la obligaron a callarse.

—¡Largo!

Alyra arrancó a correr hacia Uther. El señor de los dragones estaba flotando en un charco de su propia sangre y a duras penas parecía consciente de lo que ocurría a su alrededor. Alyra le ayudó a ponerse de pie. Le sorprendió no escuchar ninguna objeción, pero ante el apuro y las miles de ascuas que liberaba la batalla, hizo lo que pudo para ir hacia el castillo.

Jamás habría imaginado verlo así, tan moribundo y falto de vida. La llama de sus ojos se extinguía con cada paso que daba, y cada vez que estaba más cerca de apagarse, Alyra correteaba más rápido entre peldaños y escaleras. Era como si el apremio se hubiese apoderado de su propia voluntad. La calidez de la piel de Uther, aquella que había sentido, con la que había fantaseado, estaba por irse.

Ahora comprendía que Uther, por más cruel y desalmado que hubiese sido, se habría portado de una manera sincera e inequívoca. Le había mostrado la verdad, con la urgencia de que algún día pudiese comprenderlo. Él, a diferencia de ella y de su pueblo, le había dado una oportunidad. Una ofrenda de paz, como había recitado el Gran Árbol.

—Quédate conmigo, Uther... Mi señor...

—Estoy contigo, princesa Alyra.

La luz de los ojos que tanto la hipnotizaba ya daba surcos por derroteros inimaginables.

—Está aquí —dijo Uther, con renovada fuerza.

Bloqueando el camino al Gran Árbol, una figura los esperaba. Galdor, ensangrentado, sonriendo con una dentadura mellada en sangre y la cicatriz que ostentaba desde que Uther atacó por primera vez a Varian. El sable despedía pestilencias, y lo ondeaba de allá para aquí, como si ese momento fuese el que hubiese estado imaginando desde siempre.

—Has tardado —dijo—. Y pensar que fue aquí donde empezaron las verdaderas calamidades. Recuerdo tu cara asustadiza en aquellos días, y créeme que no es diferente a la que llevas en estos momentos. —Miró a Alyra—. Quita tus embrujos de mi prometida.

—Hay cosas para las que no hace falta que use mis embrujos, Galdor —dijo Uther—. ¿Has venido a morir o a que te deje otra cicatriz?

Antes de que Galdor contestase, Alyra había cargado el arco y ya lo apuntaba con una rapidez que pasó desapercibida para el señor de los dragones.

—Apártate —dijo Alyra—. Sabes que no fallaré a esta distancia.

—Por favor, mi princesa...

Alyra disparó y la flecha rozó la mejilla de Galdor.

—Fue una advertencia.

La sangre goteó de la barbilla del elfo, y la mirada de súplica cambió a una siniestra que Alyra jamás le había visto usar.

—No está solo... —dijo Uther.

Dos dragones emergieron de las sombras. Alyra pensó que podía matar a Galdor, pero hasta allí llegaba su ventaja. Solo había una posibilidad: llegar hasta el Gran Árbol y cerrar la ofrenda de paz.

—Hazlo si así lo sientes —murmuró Uther—. No tienes que hacerlo... Déjame morir, pues es lo que tu pueblo hubiese querido.

—No tengo pueblo, Uther —dijo Alyra—. Soy un paria, al igual que tú... Quedamos solos, y si hemos de perecer en nuestra soledad, lo haremos.

Eso hizo sonreír a Uther, que se zafó en el acto.

—Encárgate de tu novio —dijo—. Que yo me cargo a esos traidores.

—¿Estás seguro?

Y Alyra volvió a ver el fuego en sus ojos que la había cautivado.

Sin pensarlo, lanzó flechas en contra de Galdor al mismo tiempo que Uther se transformaba y se lanzaba al ataque de aquellos dos dragones. El elfo fue más rápido y se lanzó al ataque con el mandoble en alto. Alyra lo mantuvo a raya con más andanas. Escuchaba las maldiciones que profería mientras que las llamas consumían todo a su paso.

Los dragones peleaban en el cielo como si fueran relámpagos en medio de una tormenta. El choque de sus zarpas infernales despedían chispas, y el aleteo de sus alas, creaban remolinos por todo el jardín del Gran Árbol.

Galdor no dejaba de atacar a Alyra con tajos ascendentes y descendentes. Había perdido la cabeza; se veía claramente en su mirada.

—¿Por qué mentirme, Galdor? —fue lo que gritó la princesa.

—¡Las tradiciones han de respetarse! Nuestro pueblo pudo vivir con esa mentira y tu bien podías hacerlo —gritó Galdor al esquivar una flecha a su ojo—. ¡Cómo has podido deshonorar el nombre de tu familia al unirme a ellos!

—¡Ya llevábamos la deshonra en nuestro nombre!

Sin esperárselo, Galdor recibió una flecha en la clavícula, y en ese parpadear, Alyra ya lo sometía con una pierna al suelo. La princesa de los elfos desenvainó una pequeña daga y la colocó en el cuello del cautivo.

Las miradas se enfrentaron. Alyra había creído en él durante toda su vida, pero había estado ciega. En realidad, jamás hubo un interés real por su parte más allá de acceder al trono. Ahora lo veía en sus ojos, falsos y suplicantes por una nueva oportunidad. El fuego y los rugidos de los dragones parecían pertenecer a otra dimensión, a tierras lejanas.

—Dime una cosa, Galdor —dijo Alyra, apretando más el cuchillo—. ¿Qué reino atacarías luego de que accedieras al trono?

—Esta tierra necesita la mano dura de un elfo para sobrevivir —tosió Galdor—. Tú y yo hubiésemos dominado todo lo que estuviese al alcance de nuestros ojos... Pero lo has tirado todo a una fosa... Ya nada será igual... Serás recordada como una traidora a la tuya...

—No, Galdor. —La voz de Alyra era un témpano—. Seré recordada como aquella que puso fin a esta guerra...

Le rebanó el cuello. Sin más. En aquel hilillo de sangre se fueron las mentiras clamadas por él. Alyra dejó que se desangrara al padecimiento de sus ojos ya blancos por la parca. Con Galdor murió su vida, y con su vida, la mentira.

Uther apareció a su lado. Estaba ensangrentado de pies a cabeza, muy malherido. Cayó como una hoja, pero respiraba a pesar de no tener el poder de decir palabra alguna.

—Ven, amor mío... —Aquellas palabras le fueron extrañas a Alyra, pero un fulgor nuevo de esperanza le surgió del pecho.

—Vienen más dragones... Y no puedo transformarme.

—¿Listo para la paz?

Lo condujo hasta el Gran Árbol y lo sentó en su tronco. Ella sintió el viento de las hojas de plata acariciarle el rostro. Un viento de antaño que indicaba el camino.

—Allí están... —señaló Uther.

Los dragones desertores comenzaron a rodearlos. Alyra y su señor se abrazaron tan fuerte como podían, esperando las últimas flamas de su respiración.

—Hasta aquí llega el reinado de los dragones —dijo Alyra—. Bienvenidos sean, hombres del Oeste.

Alyra tomó del rostro a Uther y lo besó. El fuego de su propio beso hizo a un lado la sangre, y el sudor, y solo la pasión de su amor los unió en aquella comunión. En su pecho, su corazón palpitaba a cada parpadear por mil, sin detenerse.

—Soy tuya... Mi señor...

Los dragones se detuvieron. Lo que antes fue rugidos, ahora eran gritos de sorpresa. Parecía que se quemaban por dentro. El tamaño de los dragones fue disminuyendo, y las alas desaparecieron junto a las escamas y las colas de hueso. Los colmillos y los ojos de fuego dieron paso a piel real, a piel humana. Los cuernos se convirtieron en orejas y en las grandes garras dieron paso a brazos y pies de índole mortal.

Cada dragón quedó desconcertado ante lo que ocurría, excepto Uther, cuya sonrisa se extendía hasta las mejillas. Alyra lo miró.

—Aquí está la paz.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) enlace o foto de la review, y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis
recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

www.extasiseditorial.com/unete
www.extasiseditorial.com/audiolibros
www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo

(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

OceanofPDF.com

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

OceanofPDF.com